• PAULINA MORALES A. •
• FRANCISCO J. MORALES AGUILERA •
• TANIA TABILO M. •

¿QUÉ HACÍA YO EL 18 DE OCTUBRE DE 2019?



¿Qué hacía yo el 18 de octubre de 2019?

Paulina Morales A.
Francisco Javier Morales Aguilera
Tania Tabilo M.

¿Qué hacía yo el 18 de octubre de 2019?



RiL editores

303.49 Morales A., Paulina
M ¿Qué hacía yo el 18 de octubre de 2019? / Paulina Morales A., Francisco J. Morales Aguilera, Tania Tabilo M. – – Santiago : RIL editores, 2021.

108 p. ; 21 cm.
ISBN: 978-84-18982-37-8

1 CAMBIO SOCIAL-CHILE-HISTORIA 2019. 2 MOVIMIENTOS SOCIALES-CHILE-HISTORIA-2019. 3. CHILE-CONDICIONES SOCIALES



Este libro contó con la aprobación del Comité Editorial y fue sometido al sistema de referato externo, ciego y por pares.

¿QUÉ HACÍA YO EL 18 DE OCTUBRE DE 2019?
Primera edición: octubre de 2021

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
(56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
(56) 32 274 6203
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores
Imagen de portada: Eduardo Canteros Gormaz

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-84-18982-37-8

Índice

Agradecimientos

Un trabajo de esta naturaleza no habría sido posible sin la confluencia de muchas voluntades.

Agradecemos en primer término a todas y todos quienes generosamente dieron su testimonio para este libro. Personas anónimas que, en días particularmente convulsos para Chile, detuvieron su marcha para compartirnos sus primeras impresiones sobre el 18-O. Personas de esas que comúnmente no aparecen en los libros de historia, o no de aquellos con vocación de versión oficial. Son ellas y ellos los protagonistas de estas líneas.

Agradecemos también a Dayan Aguirre, ayudante de investigación, por su trabajo en la recopilación y transcripción de las micro entrevistas.

Asimismo, agradecemos a los amigos, amigas y colegas que generosamente, de una u otra forma, contribuyeron a la materialización de este libro. De entre ellos, especialmente, a Fabiola Miranda Pérez.

Finalmente, agradecemos a nuestras familias por su comprensión y aliento permanente para con este proyecto.

Prefacio

Ya nadie duda de que el 18 de octubre de 2019, el día que se inicia el Estallido Social, representa un hito, un acontecimiento bisagra, que cambió el curso de la historia de Chile. Este tipo de acontecimientos marcan un antes y un después y las sociedades toman mucho tiempo en debatir y procesar el significado de lo vivido. Están por supuesto los que indican que todo era previsible, a los que se puede conceder algo de razón *ex post*, pero la verdad es que la mayoría admite que se trata de un acontecimiento que los sorprendió, o al menos que no esperaban.

En realidad, las sociedades pueden padecer de malestares de larga data e incluso convivir con ellos y hasta naturalizarlos. La pregunta histórica y sociológica es por qué y cuándo estalla la protesta y la movilización de la sociedad. En el caso chileno, la metáfora de la «olla a presión» ha sido frecuentemente usada, tanto que pareciera que nuestra sociedad goza de una fuerte capacidad de acumulación del malestar, en una suerte, además, de esquizofrenia, que promueven las elites y los medios de comunicación, que se especializan en la negación y la manipulación de los males que aquejan a la sociedad. Tanto así que el presidente pudo declarar semanas antes del estallido social que Chile era un oasis en medio de un mundo convulsionado. Claro, la historia le jugó una mala pasada al presidente, pero tal vez muchos otros también lo pensaban.

El hecho es que Chile tiene alguna experiencia en estallidos sociales, así como en tragedias colectivas producto de terremotos, aluviones, inundaciones y hasta tsunamis. Estamos más habituados a las catástrofes naturales que a las sociales, en parte porque estas son más fáciles de explicar. El Estallido Social (que más recientemente se le ha denominado Revuelta Popular) es más complejo y este libro entrega algunas pistas. De partida, se interroga sobre qué hacían los chilenos y extranjeros residentes comunes ese día 18 de octubre, cómo se enteraron de lo que ocurría, cómo los impactó, qué pensaron y qué sintieron. Sus autores recopilaron ochenta y un testimonios, de Santiago y regiones, e incluso de algunos que viven o se encontraban en el extranjero para responder a ello. Reconocieron una diversidad de voces, pero también finamente de espacios y temporalidades para procesar lo vivido.

Sin pretender agotar el estudio de las causas del Estallido, los autores rastrearon en los agravios morales de distinta naturaleza, relativos a la desigualdad, los abusos, la violencia, la represión, la violación de los Derechos Humanos, la memoria.

El libro se cierra con reflexiones más amplias sobre la participación, el carácter del movimiento social que estalló en octubre de 2019, así como en algunas de sus consecuencias, en particular, la demanda por el cambio constitucional, que a estas alturas ya se encuentra en curso. Una iniciativa impensada semanas antes del Estallido, o formulada por algunos, pero rechazada por la clase política chilena.

Este libro tiene el mérito de plantearse los grandes problemas nacionales, desde la perspectiva de la vida cotidiana de muchas personas que no ocupan ni cargos públicos, ni tampoco necesariamente forman parte de partidos políticos o movimientos sociales más organizados. Su límite es que estudia un período de tiempo muy acotado y los sucesos e hitos del Estallido se fueron sumando con posterioridad, haciendo más visibles algunos conflictos y también actores sociales que no lo eran en las primeras fases de la movilización. E incluso más, la pandemia de coronavirus se superpuso a la crisis social y política chilena, añadiendo nuevos componentes de

carácter económico y sanitario que han hecho más duro superar las desigualdades y los malestares acumulados. Con todo, el destino de Chile está abierto al cambio y a profundas transformaciones, gracias al Estallido Social de octubre de 2019 que este libro nos narra en sus momentos iniciales.

Mario Garcés Durán
Doctor en Historia
Académico de la Universidad de Santiago de Chile
Santiago de Chile, julio de 2021

Introducción

Movimientos y ruidos subterráneos

Casi como una premonición, o un acto fallido, al alba del 17 de octubre de 2019, a pocas cuadras de Plaza Italia –hoy espontáneamente rebautizada como Plaza Dignidad–, se produjo una enorme rotura de una matriz de agua. La emblemática radio *Cooperativa* estuvo informando desde muy temprano sobre el hecho y así daba la primera voz de alerta en su web: 06:24 «La rotura de una matriz de agua en el sector de avenida Seminario, en la comuna de Providencia, genera serios problemas en el tránsito del sector»[1].

La rotura provocó la salida del agua con una fuerza imparable que en pocos minutos comenzó a inundar las calles, por lo cual debieron realizarse cortes y desvíos de tránsito.

Podría decirse que esa matriz literalmente estalló, tal como al día siguiente se detonaría el estallido social más importante de la historia reciente del país, aún en desarrollo. Los reportes que el citado medio iba entregando con el paso de los minutos y las horas

---

[1] Recuperado de https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/transportes/transito/rotura-de-matriz-de-agua-genera-severos-problemas-en-providencia/2019-10-17/062645.html.

bien pueden ubicarse como metáforas de lo que ocurriría a partir de ese viernes 18 de octubre de 2019.

06:46 «Las calles del centro de Santiago anegadas por rotura de matriz en Providencia». (Días siguientes: las calles anegadas o inundadas de gente caminando).

06:55 [Video] «Transeúntes cruzan descalzos la esquina de Plaza Baquedano por la inundación». (Días siguientes: las personas a la intemperie, poniendo su cuerpo en las protestas callejeras).

07:07 «Municipalidad de Providencia: Existen varios semáforos apagados». (Días siguientes: serán muchos más debido a las manifestaciones).

07:38 «Metbus informa que siete recorridos se ven afectados por la rotura de matriz en Providencia». (Días siguientes: muchos más recorridos modificaron sus trayectos y horarios debido a las manifestaciones).

07:44 «Paulina López, alcaldesa (s) de Providencia: Evelyn Matthei está en Nueva York y no hemos podido comunicarnos con ella para informarle #roturadematriz». (Día siguiente: Sebastián Piñera está en el otro país –Vitacura–, específicamente en una pizzería, junto a familiares celebrando el cumpleaños de uno de sus nietos. Parece no estar informado del estallido social en marcha).

7:52 «La rotura causó daños en un paradero de la locomoción pública». (Días siguientes: muchos paraderos fueron afectados, tanto por acción de algunos manifestantes como de las fuerzas policiales).

09:44 «El superintendente de Servicios Sanitarios, Jorge Rivas, confirmó que "no sabemos si es el mismo lugar, pero sí es la misma cañería" que se vio afectada en 2016». (Días siguientes: es el modelo neoliberal que no admite más parches. Es la Constitución dictatorial, que ya no admite más cambios, salvo su eliminación. No era depresión, era capitalismo).

10:15 «Ministro Moreno: Estamos hablando de una cañería de muy grandes proporciones [...] no va a ser una reparación corta, va a tomar varios días». (Días siguientes: estamos hablando de una revuelta social de grandes proporciones, cuya "reparación" no será breve, a juzgar por las múltiples resonancias, esquirlas y efectos de un estallido aún en desarrollo).

> 11:10 Intendenta Rubilar por rotura de matriz: «Nos preocupa profundamente que estamos hoy día viviendo una situación similar a la del año 2016, en el mismo lugar». (Días siguientes: El eterno retorno de las manifestaciones embrionarias: movimiento pingüino del 2006, movimiento estudiantil del 2011, movimiento de Aysén en 2012, rebrote del movimiento feminista en 2018, entre otros).
>
> 18:36 «Es una matriz muy extensa, de más de 10 kilómetros, que abastece a 150 mil clientes de las comunas de Pudahuel, Cerro Navia, en el sector poniente de Santiago», explicó el director de Gestión de Servicios de la sanitaria. (El ideario de esta matriz se gestó en la zona oriente de la capital, pero sus consecuencias se fueron extendiendo profusamente a sectores de escasos recursos como Pudahuel, Cerro Navia y tantos otros, donde las caras de la desigualdad y las injusticias sociales tienen nombres y apellidos).

Quizás lo más simbólico de toda esta analogía es que lo que se rompe es una matriz, aquello que contiene o –como dice el Diccionario de la Lengua Española–, el «útero». Y lo que sale desbordada y desbordante es agua. La vida. Por cierto, no hay aquí un ánimo de romantizar los acontecimientos de ese tiempo-espacio crucial. Como bien señala Martuccelli: «…en el corazón de los eventos de octubre de 2019 yace la *vida dura* […] mucho más profundamente, y más allá de la cuestión de la desigualdad y sus posibles correcciones, cuestiona radicalmente –o sea, para retomar la inspiración crítica de Marx, desde sus raíces– la totalidad de una forma de vida» (2019: 420-421).

Y también como agua corriendo imparable, cientos de estudiantes secundarios desbordaron por esos días las estaciones de Metro en distintos puntos de la ciudad de Santiago, saltando los torniquetes sin pagar como forma de protesta ante el alza del valor del pasaje. Nos parece advertir, en fin, la existencia de un símil entre la fractura de la matriz y la explosión social del 18-O, porque en ambos casos se podría advertir que «…en esta dimensión ordinaria y cotidiana, convulsionada, discontinua y evocadora de riesgos, también está guardada una clave de lectura de nuestra historia» (Rolle, 2003: 15).

Viernes 18 de octubre de 2019

Al día siguiente, viernes 18 de octubre, la temperatura ambiente llegó a los agradables 25º. Fue un soleado día de primavera.

Las portadas de los diarios de circulación nacional, a excepción de *LUN*, incluían titulares que referían al desborde de esos días: las elusiones de estudiantes en el tren subterráneo, que ya se extendían por dos semanas. Así, por ejemplo, *La Tercera* señalaba: «La tensión se expande en las estaciones de Metro». En la bajada de titular y acompañando una imagen alusiva se leía: «Once estaciones de la red tuvieron ayer evasiones masivas, según Carabineros. Metro redobló la seguridad». *El Mercurio*, en tanto, titulaba: «La red de metro sufre su jornada más violenta desde el comienzo de las evasiones masivas», y bajo la fotografía *ad hoc*, fiel a su estilo, señalaba: «Al menos quince estaciones fueron ayer escenario de disturbios provocados por las turbas que instan a los transeúntes a pasar a los andenes sin pagar. Santa Lucía, San Miguel y Chile España, entre otras, registraron daños, aunque los mayores destrozos afectaron a Los Héroes y San Joaquín». Más adelante, se explicitaba la visión de las autoridades ante estos hechos: «El subsecretario del Interior, Rodrigo Ubilla, calificó las acciones de estos grupos como «delincuencia pura y clara». Además detalló que «actúan coordinados y que se ha detectado a las mismas personas en diferentes hechos de violencia»[2]. Desde otro ángulo, cabría apuntar que las portadas de los diarios regionales no hacían referencia a estos hechos.

Los saltos a los torniquetes por parte de los estudiantes se prolongaban ya por dos semanas e iban paulatinamente incorporando otros recursos, por ejemplo, sentarse en las orillas de los andenes para impedir el avance de los trenes. ¿Qué hizo entonces que ese 18 no fuera un día más de elusiones del pago e interrupciones del servicio? Bajo el título «La cronología del 18 de octubre, el día en que explotó todo», un podcast de radio *Cooperativa* planteaba: «Alrededor de la 1 de la tarde, a solo pasos de la sede de gobierno, la intervención de Carabineros contra escolares y usuarios tuvo como

[2] Recuperado de http://kiosko.net/cl/2019-10-18/.

reacción que la gente saliera en su defensa y ocupara las calles. Las evasiones se multiplicaron. El Metro completo se detuvo y la ciudad se vio paralizada. Con el paso de las horas el tono de la protesta fue subiendo. Ya no eran los escolares, sino gente que reclamaba por cansancio, desigualdad, abusos, bajos sueldos, las pensiones…»[3].

Fue un cúmulo de pequeñas detonaciones previas que ese día alcanzaron dimensiones siderales, tal como se mantendría los días siguientes, pese al estado de emergencia y el toque de queda decretado a las pocas horas.

Así llegó el viernes 25 de octubre, cuando más de un millón de personas se manifestó en las calles a lo largo del país.

Cómo nace este libro

El 18 de octubre de 2019 ha marcado –y seguirá marcando– un antes y un después para Chile. El estallido social que comenzó a vivirse la tarde/noche de ese día quedará grabado en la memoria colectiva como un punto de inflexión nunca antes visto en estos treinta años de recuperada la democracia.

Pasados los días, semanas y meses, los hechos se fueron desarrollando de manera vertiginosa y se fue acrecentando la impresión de estar efectivamente viviendo un momento histórico, tanto por las dimensiones de la explosión como por la duración de las movilizaciones que le han seguido, incluso tras la llegada de la pandemia del coronavirus a Chile. Llama igualmente la atención la profundidad de las demandas que se fueron poniendo sobre la mesa en tanto requerimientos de la población hacia las autoridades. Lo que en un inicio fue el reclamo por el alza de 30 pesos en el pasaje del tren urbano en Santiago, nos sitúa hoy día iniciando un proceso constituyente.

Si bien es cierto que todo momento es, por definición, un tiempo histórico, con esta expresión hacemos referencia, para esta coyuntura en particular, a un lapso de tiempo de especial densidad en términos históricos, sobre todo en virtud de la magnitud de la explosión

3 Recuperado de https://cooperativa.cl/noticias/pais/manifestaciones/la-cronologia-del-18-de-octubre-el-dia-en-que-exploto-todo/2020-10-14/073337.html.

conocida y las proyecciones que esta encarna. Junto con esto, como se ha podido constatar, existe un conjunto de demandas sociales que no reclaman ya cuestiones puntuales, sino un cambio estructural que apunta directamente al modelo económico neoliberal, así como a su infraestructura constitucional heredada de la dictadura.

En virtud de lo anterior, decidimos iniciar una investigación cuyo objetivo central fue realizar una reconstrucción microhistórica de las primeras horas/días del estallido social iniciado el viernes 18 de octubre de 2019 en Chile. Dicha reconstrucción se articularía desde la perspectiva de personas comunes y corrientes tanto a lo largo del país como más allá de nuestras fronteras. Conviene aclarar inmediatamente que no buscábamos desarrollar un análisis sobre las causas o las consecuencias del acontecimiento desde una óptica de expertos, como tampoco elaborar proyecciones que, en aquel momento sobre todo, eran imposibles. Por el contrario, apuntábamos a lo que Rolle, en su estudio sobre la vida cotidiana en el año 1973, había definido como «…un esfuerzo por captar de manera no anecdótica las dimensiones de la vida cotidiana […] de aproximarse a la comprensión de ese tiempo, siempre desde una dimensión sensitiva y cotidiana […] De una historia no estridente ni llamativa, pero constante y pertinaz en lo que respecta a los proyectos personales, los sueños y los gustos de los ciudadanos de a pie» (2003: 11).

Como lugares de mirada o perspectivas desde donde «leer» esos testimonios, decidimos hacer dialogar nuestros saberes disciplinares provenientes de tres campos en particular: la historia, la filosofía y la ciencia política. Desde estas fuentes, incorporamos acotadas reflexiones que solo pretenden brindar algunas posibilidades de lectura, pues lo central siguen siendo los propios relatos de los entrevistados. No hay disputa de interpretaciones ni búsqueda de verdades oficiales, porque «las experiencias biográficas, al contrario, no se refutan entre sí» (Rivas, 1997: 7).

Con este libro buscamos no solo dar cuenta de ese trabajo reconstructivo, sino también aportar a la construcción de un acervo de memoria histórica sobre este acontecimiento de honda trascendencia para el devenir de nuestro país.

En lo metodológico, nos parece interesante destacar que recopilamos ochenta y un testimonios. La mayor parte de ellos fueron recogidos en diferentes comunas de la Región Metropolitana, así como también en otras regiones, en un itinerario que cubre desde Iquique a la zona de Magallanes. Los entrevistados conformaron un conjunto diverso en aspectos tales como: edades (a partir de los 18 años), sexo, ocupaciones, lugares de residencia y nacionalidad (chilenos y extranjeros residentes en Chile). Sobre estos últimos, recogimos voces de: Perú, Bolivia, Colombia, Venezuela, Alemania y País Vasco. La fase inicial del trabajo de campo fue desarrollada dentro de las primeras cinco semanas posteriores al 18-O (2019). En una segunda etapa, llevada a cabo entre agosto y septiembre de 2020, recopilamos testimonios de chilenos residentes en el extranjero, en los siguientes países: Francia, España, Alemania, Reino Unido, Canadá, Estados Unidos y Argentina[4].

Finalmente, en cuanto a su estructura, este libro se ha organizado en base a cuatro apartados. Los tres primeros corresponden a los capítulos centrales que reconstruyen las primeras horas y días a partir del estallido social del 18 de octubre de 2019. El primero de estos se centra en la ruptura de la cotidianidad, desde las dimensiones de tiempo y espacio. El segundo remite a las percepciones y sentires iniciales. El tercero, a las acotadas proyecciones que se desprenden de los testimonios recogidos. Finalmente, el último capítulo recoge un conjunto de reflexiones a un año del comienzo de la eclosión social, en un tránsito de 18 a 18 que articula dicho estallido con la pandemia y el proceso constituyente que se abrió a partir del 25 de octubre de 2020.

---

4 Para conocer más detalles acerca de estos y otros aspectos, ver ficha técnica de la investigación incluida como anexo.

Estallido social (i): cotidianidad, tiempos y espacios

Los estallidos sociales suelen ser descritos por las ciencias sociales en términos de su carácter e importancia política. Es decir, estableciendo una serie de elementos que vinculan su emergencia y protagonistas a una esfera particular de la realidad. Desde ese ángulo, tarde o temprano se terminará por describir dichos vínculos en atención a aquellos espacios institucionales de la política. Ciertamente no se trata de un enfoque que se deba desechar a priori. Aquel otorga una mirada particular sobre el estado en que se encuentran las instituciones políticas al momento de emerger un reventón o estallido social, y al mismo tiempo nos muestra cómo se van modificando, e incluso alterando, las relaciones de poder al interior de una comunidad. Para los cientistas políticos, y en general para la sociología, tal enfoque constituye una parte sustancial de sus análisis y perspectivas teórico-metodológicas.

Sin embargo, otras disciplinas y corrientes interesadas en este tipo de fenómenos han puesto su mirada en otros aspectos de la acción colectiva y de aquellos momentos de rica densidad histórica en donde han emergido explosiones de descontento social. Ello no implica prescindir completamente de lo político, sino más bien configurar un cuadro de análisis que vaya más allá de lo institucional, pero también que intente superar un análisis de lo que podría entenderse

como lo estrictamente social. Es decir, atender a lo que Della Porta y Diani (2011) han planteado en términos de temporalidades divergentes entre la esfera social y la esfera político-institucional.

En este caso, sugerimos una reflexión que se articule precisamente en torno a esta intersección de fenómenos sociales y políticos. Como se podrá advertir, el estallido que irrumpe en Chile el 18 de octubre de 2019 –y que lo hace como una «fuerza volcánica», según la expresión de Castiglioni (2019) –sintetiza un conjunto de problemáticas que atraviesan el campo social y político en distintas direcciones, por lo que resulta difícil concentrar el análisis desde un solo ángulo. Desde luego, el estallido social chileno vino a poner en cuestión, una vez más, las aparentes fortalezas del modelo neoliberal, agrietando los soportes que lo habían «naturalizado» dentro de la sociedad (Garcés, 2012). Gran parte de la clase dirigente –defensora transversal de este proyecto– se encontró de la noche a la mañana sin respuestas ni un repertorio claro con el cual procesar y entender esta corriente subterránea de malestar y descontento ciudadano. Como se puede apreciar, lo social nuevamente interpelaba al mundo político en búsqueda de transformaciones y respuestas, pero también desplegando repertorios de acción que desbordaron la capacidad de predicción, contención y respuesta del propio Estado.

Pero este conjunto de problemáticas no alteró únicamente aquellas dimensiones estructurales o sistémicas de un país. Se pudo observar también una modificación sustantiva de al menos tres ejes principales: los espacios de cotidianidad, las dinámicas de acción espacial y las concepciones temporales de los individuos que vivieron este complejo proceso. En este capítulo, ponemos en circulación los testimonios de diversos actores que nos contaron sus impresiones respecto a las primeras horas del estallido social del pasado 18 de octubre de 2019. El objetivo es reflexionar sobre cómo la vida cotidiana fue alterada por dicho acontecimiento, generando modificaciones importantes en el quehacer diario de numerosas personas. En buena medida, se trata de una reconstrucción microhistórica que indaga en aspectos aparentemente superficiales o de menor importancia, pero que sin embrago, al mirarlos en su conjunto, pueden

revelar aspectos trascendentes. Como bien han señalado algunos autores, la microhistoria permite desprenderse de una historia única y lineal de modo de hacer aflorar un conjunto más rico y diverso de historias que se entrecruzan (Aurell, 2008). Al mismo tiempo, este tipo de reconstrucciones permite plantear conclusiones más amplias –macrohistóricas, según las comenta el ya citado Aurell– a partir del registro y estudio de vidas comunes. De esta manera, se puede desarrollar un conjunto interesante de reflexiones que permitan abrir nuevos puntos de discusión sobre un acontecimiento en particular. El énfasis, como se podrá advertir en este capítulo, estará puesto en elementos propios de la cotidianidad, aunque sin perder de vista su relación con aquellas dinámicas políticamente más institucionalizadas o formales.

Cotidianidades a primera hora del día

Mirado desde el ángulo referido más arriba, sobresale en diversos testimonios recopilados un reconocimiento explícito en orden a que hasta la mañana de ese 18 de octubre de 2019 los trabajos y actividades del día a día parecían mantener todavía cierta dosis de normalidad. Camila (22 años, estudiante, Quinta Normal) recuerda:

> El viernes 18 estaba como un día normal yendo a la universidad, teníamos clases y después tuve reunión de seminario. Iba caminando hacia la Alameda para poder tomar la micro hacia mi casa.

Inclusive ciertas actividades recreativas fijadas con antelación para esa fecha se mantuvieron sin mayores cambios. Marcos (30 años, profesor de Inglés, Lo Prado) apunta un testimonio bastante elocuente al respecto:

> El día 18 de octubre yo estaba en un paseo por el Día del Profesor, en conmemoración del Día del Profesor y el aniversario del colegio en donde trabajo. Durante el día estaba hasta la 1 de la tarde en el colegio por actividades extra programáticas y de ahí nos fuimos a un paseo con los colegas y las colegas en San Felipe.

María Beatriz (33 años, trabajadora social, Talagante) evoca una situación personal que transita en una línea similar al testimonio anterior:

> A mí me tomó un poquito por sorpresa la situación del día 18 de octubre. El día anterior había sido mi cumpleaños y había celebrado junto a mi familia, mis papás, mis hermanos, mis hijos, hasta no tan tarde. Entonces no había visto noticias y no tenía mayor conocimiento de que hubiese alguna manifestación a nivel social ni nada. [Al día siguiente] trabajamos como un día más en la oficina. Nadie comentó que hubiese alguna situación extraña, nadie comentó tampoco de lo que estaba pasando en Santiago, sino que estábamos más bien enfocados en nuestro trabajo.

También nos encontramos con actividades grupales que involucraban a un número importante de participantes y que hasta el mediodía de ese 18 de octubre se desarrollaban con completa normalidad. Giselle (46 años, asesora pastoral en una universidad, de nacionalidad peruana, La Granja) comenta su experiencia de camino a un santuario religioso de la V región lo que supuso, además, cierta lejanía respecto al escenario principal de los acontecimientos:

> Lo recuerdo muy bien porque estábamos camino a la peregrinación de Teresa de Los Andes (...) estábamos muy alejados de la ciudad.

En regiones, sobre todo en aquellas que se encuentran más alejadas del centro administrativo del país, imperaría una sensación de normalidad, y aun de cierta desconexión con lo que pasaba en el centro del territorio. Karla (26 años, profesora de Artes) comparte sus impresiones desde la austral ciudad de Punta Arenas:

> El 18 de octubre pasado estaba haciendo clases hasta mediodía, hasta la una... y luego de esto estuvimos en consejo de profesores hasta las 3:30. No se tocó el tema, todo estaba normal... Ese día comenzaban las alianzas del colegio, entonces estaban todos pendientes de eso... Además el 16 había sido el Día del Profesor y no habíamos tenido clases. Entonces fue una semana muy corta.

Pero incluso en aquellas ciudades y regiones más cercanas a Santiago también se podía percibir una situación más próxima a la normalidad que a cualquier tipo de estallido social. Tania (47 años, funcionaria pública) rememora su quehacer en la tarde del 18 de octubre en Valparaíso:

> Para mí ese día fue un día cotidiano donde andaba comprando. De hecho, al otro día, sábado 19, íbamos a celebrar el cumpleaños de mi pololo y andábamos comprando cosas. En la tarde todo tranquilo: los negocios abiertos en Valparaíso, todo con normalidad y en general eso fue lo que hice.

Desde el exterior, algunos chilenos comentan que sus jornadas transcurrieron en completa normalidad y solo con el paso de las horas se fueron interiorizando de lo que sucedía. La diferencia horaria existente entre Chile y otras zonas del planeta provocó que muchos chilenos comenzaran a enterarse de lo sucedido cuando ya estaban de regreso a sus hogares, aunque no obstante ya habían escuchado de la situación en Chile a través de comentarios de familiares o noticias que revisaban en sus redes sociales. Soledad (43 años, enfermera, residente en Canadá) recuerda que la semana del estallido había recibido, en efecto, diversas informaciones sobre las evasiones en el Metro, pero que sería a contar del 18 de octubre cuando pudo formarse un cuadro más completo de lo que realmente estaba pasando:

> El día viernes 18 de octubre, como es habitual, fui a trabajar. En octubre, tenemos 3 horas menos de diferencia con Chile y es la época en que empieza a hacer frío. No reviso redes sociales en horario laboral, pero habitualmente reviso Facebook en el trayecto en tren a mi casa. Recuerdo leer y ver fotos de las protestas en el trayecto, pero no le tomé el peso a la situación hasta que llegué a mi casa, alrededor de las 4 de la tarde. Mi marido me cuenta y me pone al tanto de lo que estaba pasando. Él había estado siguiendo durante el día las noticias por Twitter. Decidimos esa tarde conectarnos a ver noticias de canales de televisión chilenos, cosa que no hacemos nunca. A través de YouTube nos conectamos a la transmisión en vivo del noticiero central de diferentes canales; TVN, Canal 13. Esa noche vimos en directo cómo quemaban las estaciones de Metro, y las protestas que se habían generado

> en los diferentes puntos de la capital. Recuerdo mucho caos, incendios y las caras de impacto de los periodistas.

Una experiencia similar fue la vivida por Daniel (43 años, estudiante de posgrado en el Reino Unido):

> El 18 de octubre a las 2 pm de Inglaterra tomé un tren hacia Birmingham con mi pareja, que me visitaba por ese mes en Manchester. Comentamos en el tren lo que sabíamos de las evasiones en el Metro, y al llegar a Birmingham hasta bromeamos con «saltarnos los torniquetes» de la estación de trenes. Esa noche fuimos a comer y al regresar al hotel, a eso de las 10 pm, comenzamos a ver comentarios en las redes sociales de las manifestaciones en Chile. En ese momento del año hay tres o cuatro horas de diferencia con Chile, por lo que allá era alrededor de las 7 pm. Desde ese momento tratamos de enterarnos de lo que estaba pasando, pero las redes sociales parecían ser fragmentadas.

Desde Buenos Aires, Ena (27 años, estudiante de Medicina) recuerda:

> Me enteré por las redes sociales de que las estudiantes secundarias habían empezado desde el lunes a evadir el metro, saltando sobre los molinetes. Se difundía la idea de la evasión masiva en el metro, que compartí virtualmente en apoyo de lo que estaba pasando allá.

También existen algunos testimonios desde el exterior que comentan que se enteraron al día siguiente, 19 de octubre, de lo que había pasado en el país. Paula (46 años, trabajadora en el sector ventas en España) recuerda esta situación:

> Debido a que mi horario de trabajo es intensivo de viernes a domingo, me desconecto de noticias y redes. Yo me medio enteré de los sucesos del 18 de octubre en Chile el día 19 de octubre a las 20h de España (15h de Chile) al abrir los chats de WhatsApp. Eran mensajes recibidos horas atrás, desde la madrugada del 19 en España, en los que se preguntaban cómo habían llegado todos a sus casas, respondían, pero yo no me enteraba de qué hablaban.

> Tenía otro mensaje de mi madre del 19 octubre a las 16:02h de España (11:02 de Chile) en el que me comentaba que «en Santiago quedó la escoba ayer por la tarde y en la noche. Tanto, que decretaron estado de emergencia», pero tampoco explicaba más.

Como es de suponer, la mayoría de los testimonios recogidos en Chile coinciden en que sería en el transcurso de esa misma jornada del día 18 en donde comienzan a intuir que algo fuera de lo común estaba ocurriendo. Se trata de visiones que provenían fundamentalmente de la capital del país y que referían a las alteraciones de la rutina y de las dinámicas laborales, pero en un grado mayor a lo que ya venía ocurriendo desde hacía dos semanas, o quizás por esta misma persistencia.

En efecto, notas de prensa del 4 de octubre anunciaban la decisión de elevar el valor de las tarifas del pasaje del Metro en $30, alza que se concretaría dos días después. En respuesta a esta medida, el lunes 7 de octubre «un centenar de jóvenes hizo la primera experiencia de una evasión masiva en el metro estación Universidad de Chile, que se repitió al final de la tarde; mientras otro grupo similar, también por la mañana y en la tarde, hicieron lo mismo en la estación Salvador. Desde el lunes 14 se sumaron más y más liceos y escuelas, al mismo tiempo que aumentaban las estaciones afectadas por la evasión. Los estudiantes llegaron a evadir simultáneamente 80 de las 136 estaciones del tren subterráneo» (*Le Monde Diplomatique*, 2019: 3). Así recuerda esos días Benjamín (23 años, estudiante de Psicopedagogía, de Independencia):

> Donde estudio es al lado del metro Los Héroes, entonces todos los días iban a hacer evasión y se repetía ese ambiente todos los días, y sumado con las otras estaciones de Metro ya se preveía el estallido social.

Resultaba aparentemente paradojal que fueran secundarios los que reclamaban por un alza en el valor del pasaje que no afectaría directamente su tarifa de estudiantes. No obstante, con el paso de los días fuimos presenciando escenas como esta:

> Había estado mirando mucho que los cabros, no solo ellos saltaban lo torniquetes del Metro, sino que abrían las entradas e invitaban a la gente a pasar. [Era…] la fuerza de los cabros que se toman un espacio, no para ellos, sino para todos. (Edith, 52, psicóloga, La Reina)

Nos acercábamos al viernes 18. Pese a aquella invitación, no todos se animaban a aceptarla:

> Un par de días antes, uno o dos días antes, había ocurrido que me habían ofrecido una evasión, al final no lo hice, no pude. (Eduardo, 44, académico, Peñalolén)

Parece ser que el tema generacional marcaba sus diferencias. Sin embargo, independientemente de cuántos pasajeros se iban sumando a las evasiones propiciadas por los estudiantes, estaba claro que normalidad ya no había. Se sentía el ambiente de descontento, el ánimo de manifestarse y –aunque aún muy contenido– el hastío que anunciaba algo mayor, aunque su fisonomía era aún desconocida.

Así recuerda Hugo (62 años, académico, Santiago Centro) la impaciencia de sus estudiantes en esa jornada:

> El 18 de octubre del 2019, me encontraba haciendo clases en la universidad, las y los estudiantes estaban impacientes, algo les preocupaba, el tema de conversación era la evasión de los metros por parte de los estudiantes, y la violencia con que se les estaba tratando, la adhesión de la mayoría de las y los estudiantes del curso con esta forma de protestar era evidente.

Alfonso (42 años, trabajador social, Maipú), por su parte, refiere una situación particular que lo conectaba con algunos de los principales protagonistas de esas primeras horas:

> El 18 en la mañana recibí un llamado de un estudiante de trabajo social de las Américas [Universidad] que me había dicho que había quedado detenido por los incidentes que habían pasado el día anterior. Entonces, ese día amanecí con mucha información de que la cosa estaba media complicada.

Otro testimonio refiere su experiencia en uno de los espacios neurálgicos de la protesta social, en pleno centro de la capital. Así rememora Bruno (50 años, trabajador independiente, Quinta Normal) su cercanía a una de las estaciones de Metro que fue escenario de los primeros incidentes:

> El día que estalló el movimiento social yo me encontraba en el banco, en San Isidro con Alameda, y ahí empezó. En ese metro [Santa Lucía] empezó la evasión y cerraron el metro y estaban alumnos secundarios que empezaron a manifestarse.

En óptica similar se ubica el testimonio de Héctor (44 años, sociólogo de nacionalidad boliviana, Santiago Centro) cuando refiere su travesía por la capital:

> Ese día me reuní con un amigo, quien llegó de Bolivia. Con él fuimos a almorzar al centro de la ciudad, luego fuimos caminando por la calle, le acompañé a comprar un libro en una universidad por el centro [y] luego, como de retorno, al cruzar la avenida Alameda, cerca de metro [Los] Héroes, me di cuenta de que estaban los Carabineros ahí. Había mucho ruido… los jóvenes… entonces, ya no era transitable o normal, la gente caminaba susceptible.

Otros testimonios son bastante explícitos en recordar cómo la jornada de trabajo se fue acortando a medida que se tenían mayores antecedentes de la magnitud de la movilización en marcha. Por esta línea transita el recuerdo de Benjamín (23 años, estudiante universitario/vendedor en una tienda de ropa, Independencia):

> Para el 18 de octubre (…) estaba trabajando y por el ambiente que había mi jefe me dio la libertad de irme como media hora antes dentro de lo temprano que íbamos a salir ese día, porque ya había un ambiente tenso. Me acuerdo que ese día íbamos a salir a las 8 de la noche y a mí me dejaron irme a las 19:30, para no tener tanto problema a la ida. Bueno, igual me costó salir: me demoré el doble del tiempo que me demoraba a la casa. Por lo general me demoro entre una hora y media en llegar, pero ese día me demoré como cuatro horas desde el Costanera Center hasta Estación Central… Mmm, claro, salí a las 19:30 y llegué como a las 24:15.

Estos primeros testimonios nos permiten reflexionar en torno a dos cuestiones esenciales. Por una parte, la existencia, en ciertos espacios y lugares, de una sensación de aparente normalidad, con rutinas y compromisos que se cumplían con bastante puntualidad, sin sospechar necesariamente lo que sucedería con posterioridad. A decir verdad, se trataba principalmente de zonas alejadas del centro urbano de la Región Metropolitana, que venía siendo, como sabemos, el principal foco eruptivo por medio de las evasiones estudiantiles en el Metro. Asimismo, esta sensación de normalidad fue particularmente observable en regiones dada su distancia geográfica de Santiago. Esto se explicaría eventualmente porque los incidentes tuvieron como escenario físico las estaciones del Metro de Santiago ubicadas en puntos neurálgicos de la capital. La consigna «Evadir, no pagar, otra forma de luchar», levantada en esos días por los estudiantes, encontró precisamente en las estaciones de este medio de transporte su espacio de concreción más relevante.

Por otra parte, un segundo elemento que asoma a partir de estos primeros registros orales guarda relación con el quiebre de las rutinas laborales o domésticas en virtud del conocimiento que se fue teniendo sobre estas manifestaciones. En algunos casos se trató de jornadas o experiencias vitales que fueron interrumpidas de golpe por la magnitud del estallido. Lo anterior fue indicativo, por ejemplo, con aquellas personas que se encontraban en las inmediaciones del centro de Santiago y que lograron captar el clima de anormalidad que comenzaba a respirarse en la capital. La presencia masiva de Carabineros y grupos de estudiantes son los recuerdos más nítidos que se evocan en buena parte de los testimonios.

Resulta interesante detenerse, además, en el simbolismo que encierra el hecho de que los movimientos telúricos más cercanos al estallido –las evasiones estudiantiles– hayan comenzado en el Metro. Para Barrientos (2019) este sistema de transporte urbano encarna una diversidad de relatos que se transforman en metáforas de la sociedad chilena, dentro de lo cual identifica dos grandes narraciones. Por una parte, la del espacio aséptico, ordenado, con estaciones y trenes limpios, en concordancia con un imaginario de modernidad

y progreso que se encarna en la figura del país «jaguar» de Latinoamérica que planteara décadas atrás Tomás Moulian (2002). Por otra, el relato del Metro como un reflejo de las desigualdades, en ese caso asociadas a elementos «de diseño e interaccionales en la lucha por el espacio, transformando la experiencia cotidiana del viaje en una batalla por resistir los abusos y atropellos, especialmente en las horas de mayor congestión» (Barrientos, 2019: 117). Frente a esto, las evasiones de las semanas previas y del mismo 18 de octubre, sumadas a las protestas de esa tarde y el fin de semana en diferentes estaciones –que incluyeron no solo elusión del pago del pasaje, sino también destrucción de torniquetes y otro mobiliario–, pueden ser interpretadas como una ruptura tajante con esa retórica de la asepsia y el servicio modélico, del felino astuto, del estudiante aventajado del curso. También como una respuesta visceral frente a la violencia cotidiana del hacinamiento que padecen los viajeros en los trayectos en horas punta, la mayoría de pie, especialmente cansados por las tardes tras la jornada de trabajo diaria. Y en último caso, con lo que Igor Goicovic ha denominado como ruptura con las «representaciones simbólicas y estéticas de la sociedad burguesa», la cual se despliega a lo largo de los espacios urbanos modernos y que en este tipo de coyunturas se ve particularmente afectada por las acciones de violencia dado que recrean, en buena medida, la dominación social[1].

Cambios en las dinámicas y espacios de acción

A partir del mediodía del viernes 18, se iría experimentando un cambio sostenido de las rutinas a partir de un procesamiento de la información que comienza a llegar a través de distintas vías. Así, lo que aparentaba ser una jornada de trabajo relativamente tranquila comenzó a verse trastocada gradualmente con cambios de horarios, acortamiento de turnos o cierres anticipados de algunos establecimientos comerciales o educacionales. Esto se explicaría,

[1] Recuperado de https://radio.uchile.cl/2020/10/17/igor-goicovic-condenar-la-violencia-sin-tratar-de-explicarla-en-relacion-a-problemas-estructurales-es-de-una-miopia-politica-absoluta/.

porque los eventos comenzaron a expandirse hacia un radio cada vez más amplio de acción y también porque algunos individuos, a partir de sus propias vivencias, acabaron por conectar sus propias rutinas laborales con los eventos que emergían en plena calle. Esto sucedería, como se recordará, con Alfonso, quien se enteró en el transcurso de la mañana de que un estudiante de su mismo círculo profesional había sido detenido en las primeras horas de protesta.

Al caer la tarde, el cuadro social y político había cambiado radicalmente en la Región Metropolitana, situación que se extendería en el corto plazo hacia el resto del país. Los eventos concentrarían tal densidad de irrupción y despliegue que hicieron explotar, en pocas horas, los principales informativos del país, mientras que las redes sociales se transformaron en un verdadero océano de contenidos por el que se navegaba, tanto en Chile como en el extranjero, a objeto de referir, compartir y tomar posición sobre lo que está sucediendo.

Este último punto emerge, en efecto, como un tercer gran tópico dentro de los testimonios recopilados. Si los primeros elementos apuntados aquí hacían referencia a la superposición de distintos tipos de rutinas, las dinámicas respecto a cómo las personas se fueron informando de lo que sucedía nos permiten abrir algunas reflexiones en torno a otras materias igualmente vinculadas a temas de cotidianidad.

El primer elemento que resalta entre los registros orales es que las noticias y redes sociales fueron las principales vías de comunicación. Se trataba de canales que entregaban informaciones a veces complementarias y otras veces contradictorias entre sí. Los medios informativos más tradicionales como estaciones de televisión y radioemisoras describen los hechos a partir de pautas formales y estructuradas, las cuales, no obstante, deben adecuarse al explosivo momento que se vive ese 18 de octubre. Las redes sociales, en tanto, permiten un tránsito más informal de lo que acontece y, desde luego, una capacidad de despliegue y extensión, de esos mismos contenidos, muchísimo mayor. Al mismo tiempo, estas redes se articulan bajo ópticas esencialmente horizontales en donde el acto de «compartir la información» es una de sus características más esenciales. Con

todo, ambas formas de circulación informativa estuvieron presentes en los testimonios que se recogieron.

Fabiola (33 años, académica, Santiago) recuerda que estando en clases en un diplomado comenzó a enterarse, a través de las redes sociales, de la situación que se vivía:

> Poco a poco por diversas razones comencé a recibir muchos mensajes de WhatsApp donde la gente mandaba los horarios… de evasión masiva que habían previsto los estudiantes secundarios.

Estando en la Quinta Región, Daniel (29 años, conductor, Lo Prado) comenta cómo, ante la imposibilidad de seguir algún medio de comunicación tradicional, las redes sociales se transforman en su principal fuente de acceso sobre lo que está pasando:

> Yo estaba en Quilpué, estaba trabajando... Me enteré a través de redes sociales porque estábamos en el trabajo, así que no teníamos mucha información de lo que estaba pasando.

Giselle, sobre quien ya comentamos su experiencia a cargo de una procesión pastoral a Los Andes ese 18 de octubre, recuerda cómo las redes sociales permitieron mantener un contacto permanente entre los jóvenes que asistían a su actividad religiosa y Santiago:

> Tuve que contener a los estudiantes que acompañaba porque ellos estaban en contacto con sus familias, muy preocupados por lo que estaba pasando. Los rumores de Estado de Sitio los tenían muy preocupados. Así que todo el tiempo estuvimos ahí muy conectados… con sus familias, con lo que sucedía y con lo que podíamos hacer desde ahí.

En paralelo, los medios más tradicionales como radio y televisión también fueron fuentes de información para la ciudadanía, tanto en Chile como en el exterior. Recordemos que algunos chilenos que viven fuera complementaron la información de las redes sociales con algunos canales de televisión y radioemisoras nacionales. Existen varios testimonios que recuerdan, adicionalmente, que el foco de atención fundamental de los canales de televisión fueron

los hechos de violencia y desórdenes que se registraron. Javiera (23 años, estudiante de Enfermería, Conchalí) enfatiza cómo la televisión fomentaría una sensación de intranquilidad en la gente a partir de sus transmisiones:

> Lo recuerdo [el estallido] desde el pánico que empezaba a generar la televisión, porque mostraban cosas como muchos destrozos y cosas que estuvieron mostrando por horas y en realidad no se estaba mostrando por qué realmente había sido este estallido social.

Camilo (23 años, vendedor ambulante, Peñalolén) tiene una impresión similar respecto al rol de los canales de televisión:

> Lo que ocurrió fue que la gente mostró su descontento y la televisión intentó enfocarse solamente en los desmanes, en los robos, en los saqueos, en los incendios…

Desde otro ángulo, Xabier (48 años, diseñador de interiores de nacionalidad vasca, Ñuñoa) rememora que las imágenes transmitidas por televisión sí generaron en él, en un primer momento, bastante impresión:

> Estaba en una ferretería en la cual había un televisor, en donde pude ver unas imágenes que en un principio me parecieron bastantes violentas en las que había unos estudiantes que saltaban los torniquetes del metro. Pero hubo una situación que me llamó mucho la atención porque uno de los estudiantes saltaba y le asestaba una patada al vigilante del metro por la espalda, era lo primero que veía y la verdad es que me indignó un poco aquella violencia y me pareció un acto de cobardía.

Horas más tarde, el mismo Xabier comenzaría a escuchar noticias a través de la radio, cuestión que significó matizar un poco sus primeras impresiones:

> Luego empecé a escuchar por radio, yo soy radio oyente, no veo la televisión; escucho la radio y leo noticias por internet en medios que yo escojo… y, bueno, el caso es que estaba escuchando la radio y empecé a escuchar de la subida [del metro]… bueno, pues ahí caché que habían subido 30 pesos

> el metro y las imágenes que yo había visto antes eran de una evasión masiva, lo cual me pareció… me gustó, porque lo encontré una reacción, si bien no me había gustado la imagen que había visto antes, sí me gustó el hecho de que hubiera una reacción por parte de los estudiantes.

En otros casos, existía la sensación de que lo que la televisión mostraba correspondía a una situación aparentemente pasajera que pronto llegaría a su fin. Jorge (62 años, trabajador independiente, Macul) rememora sus primeras impresiones:

> Ese día, primero que todo me enteré por la televisión y pensé que podía durar por un fin de semana nada más la huelga, lo que se llama huelga.

Desde regiones, o lugares más alejados del centro capitalino, varios testimonios revelarían que sus primeros conocimientos de lo sucedido fueron a través de la radio. Alberto (39 años, académico, Coyhaique) enfatiza este punto:

> Aquí nos enteramos en realidad por la radio de lo que estaba pasando en Santiago, como las primeras situaciones de manifestación y represión más violenta.

En algunos lugares de Santiago, también la radio fue un vehículo de información clave en las primeras horas del estallido. Lucas (24 años, trabajador en comunicaciones gráficas, Santiago) recuerda cómo se enteraría del estallido en medio de su jornada laboral:

> Estaba realizando una ayudantía de dibujo en el campus oriente de la Pontificia Universidad Católica, en el taller 25. No recuerdo bien por qué, pero tuve que salir de la sala y al salir me topé con una encargada del aseo, que es Cecilia [quien] estaba escuchando la radio y me preguntaba: «¿Escuchaste?, ¿supiste qué pasó?», y yo le dije «No, ¿qué pasó?». Ahí me informa que estaban cerrando las estaciones de metro y después ya todo fue escuchar.

Además de los registros que testimonian el rol de los distintos medios de comunicación, hubo personas que comentan la existencia

de una situación particular. Ella guarda relación con una sensación ambiente de intranquilidad que circulaba desde hacía varios días atrás en distintos puntos de la capital. Ciertamente, eran el reflejo de lo que comenzó a suceder a inicios de la semana del 7 de octubre, cuando los estudiantes estuvieron movilizándose continuamente en contra del alza de la tarifa del Metro. Esto crearía, al llegar el viernes 18, un clima que se percibía como esencialmente complejo para diversas personas.

Francisco (38 años, asesor pastoral en una universidad, San Miguel) nos comenta sus impresiones vinculadas estrechamente a uno de los puntos neurálgicos de la protesta social en Santiago Centro, reafirmando la existencia de un complejo ambiente previo:

> Recuerdo como estamos aquí en el metro Santa Lucía los días previos cuando comenzó la evasión [y] la manifestación de los estudiantes. Entonces recordar el viernes inevitablemente me lleva a los días previos, donde había un ambiente de manifestación, de descontento.

Christian (47 años, de nacionalidad alemana, dueño de una panadería, Ñuñoa) rememora igualmente la sensación de que algo sucedía, y cómo a partir de entonces procesó este fenómeno en orden de buscar una posible causa:

> La tarde del 18 atendía mi panadería. No veo noticias, no veo tele… tampoco uso mucho las redes sociales, pero obviamente que algo pasa[ba]… Pensando que eso es cosa como siempre… y pensaba que era una cosa más o menos como otra, pero mi idea era estar pensando que, claro, que eso es ridículo, teniendo la idea de 30 pesos de subida.

Yaneth (34 años, profesora, Peñalolén) comenta cómo su rutina laboral se había conectado días antes del estallido a una de las movilizaciones de los estudiantes eludiendo el pago del pasaje de Metro:

> El día viernes 18 de octubre después del trabajo estaba en mi casa considerando la idea de si ir o no a una cena por la celebración del Día del Profesor que había organizado la corporación para la que trabajo. Y lo estaba considerando

> porque no sabía si era seguro o no salir [...] O la evasión que estaba ocurriendo en distintos metros... no lo consideraba prudente, no porque fuera peligroso, sino por un tema de estar celebrando cuando se está atravesando una crisis.

Desde otras regiones emergen algunos testimonios que apuntan a la existencia de situaciones preexistentes que contribuirían a decantar el estallido. Eduardo (39 años, gerente de empresa privada, Punta Arenas) comenta a este respecto:

> [Cuando] llegué a mi casa y empecé a ver las noticias, a ver qué es lo que estaba ocurriendo, fue fuerte. Fue fuerte ver cómo lo que se veía venir hace tiempo estaba sucediendo; el descontento general, la organización, el estallido... cómo se fue dando todo.

Mirado el conjunto de estos elementos es posible levantar un par de hipótesis. En primer término, y como ya lo hemos esbozado anteriormente, se podría sostener que las percepciones de normalidad y las rutinas enmarcadas bajo esta dinámica fueron bastante relevantes en las zonas más alejadas del perímetro urbano de la capital, y sobre todo en regiones y en el exterior. Por contrapartida, mientras existía una mayor cercanía espacial y geográfica al epicentro de la protesta el conocimiento de la situación comenzó a alterar significativamente las rutinas existentes. En este sentido, los distintos canales informativos ayudaron a expandir con notable rapidez el conjunto de hechos que estaban sucediendo, por lo que muchas de aquellas rutinas que fueron modificadas lo hicieron por incidencia directa de los medios de comunicación y las redes sociales.

Esto último permite levantar otra hipótesis interesante. Los tiempos de procesamiento y reflexión de los fenómenos en curso se fueron acortando significativamente dentro de la sociedad civil. A diferencia de otros eventos de conflictividad social ocurridos en el pasado, que eran procesados y asimilados muchas veces no de forma inmediata, el reciente estallido mostraría que, en lapsos temporales relativamente breves, la ciudadanía tendía a modificar su percepción y juicio crítico respecto a lo sucedido. Desde luego existe una variable material que explicaría esta situación: los medios tecnológicos

actuales permiten, en efecto, un conocimiento en tiempo real de lo que está pasando, y más aún su difusión en cuestión de minutos entre miles de personas.

Lo anterior también sería indicativo de una cuestión que está vinculada a los tiempos de emergencia de los estallidos y movimientos sociales. Como ya han señalado diversos investigadores, los tiempos de eclosión de este tipo de fenómenos tiene una temporalidad esencialmente distinta a la de ritmos institucionales y sistémicos del Estado y las clases dirigentes, aun cuando se trate de movimientos que acusen cierto grado de inoperatividad (Melucci, 1999). Por ende, cuando surgen eruptivamente este tipo de estallidos se produce un desfase con las respuestas y tiempos del sistema político.

Dentro de este esquema cabría anotar, entonces, que los procesamientos y análisis de la sociedad civil respecto al surgimiento de este tipo de acontecimientos operarían igualmente con una lógica y temporalidad distinta. Desde ya, la ciudadanía daría muestras de una notable autonomía para informarse y decidir algún curso de acción. No debería sorprender, en este sentido, que en ninguno de los testimonios recogidos alguna persona indicara que al enterarse de los hechos esperaría las indicaciones de las autoridades para actuar, o bien, que estaría atenta al pronunciamiento del partido político en el cual militaba –si es que lo hacía– y a partir de ello programar sus propias actividades. Las respuestas de la sociedad civil, crecientemente autónomas respecto a la clase dirigente, estuvieron sin embargo conectadas a la contingencia y procesadas según el ritmo que iba adquiriendo el estallido social. Esto sería indicativo, adicionalmente, del hecho de que esta revuelta provocó una superposición de distintas temporalidades dentro del espacio público, haciendo confluir en momentos de alta densidad los tiempos individuales, colectivos e institucionales dentro de un mismo escenario.

Adicionalmente, podría decirse que existiría una superposición de «tiempos regionales» que no están anclados al 18 de octubre mismo sino a los días siguientes. Así lo ilustran algunos testimonios:

> La verdad que aquí, a diferencia de Santiago, no parte ese mismo día, no parte el viernes 18, aquí todo se inicia el

> sábado. El sábado comienzan todos los movimientos. (Tania, 47, funcionaria Dirección del Trabajo, Valparaíso)
>
> Los llamados para manifestarse fueron al día siguiente; el día sábado 19. (Sebastián, 23, estudiante universitario, Constitución, Región del Maule)
>
> De primera pensé que era solo una cosa de Santiago, pero bueno, con el pasar de los días las regiones se fueron sumando y, bueno, aquí el estallido en Temuco ocurrió más que todo el día 19 de octubre […] Aquí en Temuco en esa noche [del 18] estuvo un poco calmada, a pesar de que al día siguiente la gente salió y comenzó todo este estallido social. (Julián, 35, colombiano, profesor, Temuco, Región de la Araucanía)
>
> El primer día y los siguientes no fue tan complejo en términos de las situaciones como de violencia […] acá en Coyhaique la situación fue más gradual y yo iba viendo las noticias en Santiago, iba como escuchando lo que pasaba en las radios, me empezaron a llegar videos por algunos grupos de redes sociales… y claro, era algo muy diferente a lo que estaba pasando aquí. (Alberto, 39, docente universitario, Coyhaique)
>
> En Punta Arenas ese domingo 20 de octubre hubo muchos destrozos, hubo muchos saqueos, hubo muchas barricadas, hubo una marcha muy muy grande y cancelaron las clases del día lunes. (Karla, 26, profesora de Artes, Punta Arenas)

Percepciones sobre la violencia desde la propia cotidianidad

Convendría indicar ahora un último tópico vinculado a los temas de cotidianidad, tiempos y espacios que los testimonios lograron recoger. Este se refiere a las percepciones que existieron en torno al estallido como una coyuntura –y lugar– en donde emergieron diversas situaciones de violencia, siendo los repertorios represivos desplegados por el Estado uno de los eventos más característicos. Quizás el punto de partida de este tipo de testimonios se encuentra anclado a una constatación espacial, a saber: que el espacio urbano de Santiago estuvo prácticamente copado por policías y militares en algunos momentos del día.

Fabiola, de quien ya recogimos su testimonio al encontrarse como estudiante de un diplomado el día 18 de octubre, nos comentaría que a través de las redes sociales fue imponiéndose de la presencia masiva de las fuerzas de seguridad en pleno centro de la capital:

> De repente me empiezan, a través también de las redes sociales, a llegar imágenes sobre la militarización que había en el Metro… Empecé a quedar un poco impactada.

Aunque su percepción de una ciudad sitiada cambiaría en horas de la tarde, cuando pudo observarse un inquietante repliegue de las fuerzas policiales desde el centro de Santiago, es importante rescatar sus primeras impresiones del mediodía que apuntaban en la dirección antes señalada: una fuerte presencia policial, sobre todo en las estaciones del Metro. Por esta línea transita también el testimonio de Emma (62 años, funcionaria pública de Inspección del Trabajo, Viña del Mar):

> Yo estaba ese día 18 justamente en Santiago haciendo un trámite en la Dirección Nacional y me llamó la atención que en la estación Moneda y la estación Universidad de Chile había muchos pacos, estaba lleno de pacos…

De forma complementaria a la presencia policial, algunos testimonios recuerdan una presencia significativa de personas en las calles, en lo que parece ser un espacio público alterado y fuera de cualquier rango de normalidad. Gabriela (44 años, investigadora, Providencia) pudo constatar esta situación desde su propia casa:

> Estoy viviendo en la casa de mis papás desde que llegué de Inglaterra… y me acuerdo que empezamos a ver que había gente caminando por Tobalaba, porque ellos viven en la esquina de Carmen Silva con Tobalaba; había un montón de gente caminado hacia la estación del metro… y cada vez era más y más gente.

Matías (29 años, kinesiólogo, El Bosque) tiene una impresión similar a la de Gabriela, pero agregando la dinámica de conflicto que comenzó a observarse desde temprano:

> El 18 de octubre yo estaba en mi casa… Trabajo haciendo kinesiología a domicilio y en ese intertanto veía mucha gente en las calles, escuchaba por todas partes los cacerolazos… Me pasó también encontrarme con barricadas y se sentía como una psicosis colectiva con todo lo que estaba pasando; tanta agresividad a nivel social…

En este caso, se recalca la agresividad de la sociedad civil en el sentido de identificarla como parte de una sicosis colectiva. En otro grupo amplio de testimonios emergería, no obstante, de forma recurrente el tema de la violencia y represión de las fuerzas policiales. Paula (26 años, psicóloga, Santiago Centro) recuerda que esta fue una dinámica bastante problemática para ella:

> Recuerdo que en la mañana yo me encontraba muy inquieta. De hecho, lo compartí con algunas compañeras que nos sentíamos inquietas por tanta represión que ya ejercía la policía, los carabineros contra los estudiantes en las estaciones de Metro, eso me tenía muy inquieta.

Bajo una óptica similar, Alondra (22 años, estudiante de Enfermería, Puente Alto) evoca el tema de la represión y lo conecta a una parte de los discursos oficiales que circularon en los días siguientes:

> Los militares, los carabineros, más que nada fuerzas especiales, se lo tomaron muy en serio porque ellos no están acostumbrados a lidiar con gente… entonces constantemente creen que están en una guerra, y con lo que dice igual el presidente no es muy apaciguador… entonces hubo mucho miedo colectivo.

Recordemos que poco después del 18 de octubre, en medio de una conferencia de prensa con el alto mando uniformado a cargo del estado de emergencia, el presidente Sebastián Piñera explicitaría una polémica frase que resonaría fuertemente dentro de la opinión pública: «Estamos en guerra –sostuvo el presidente– contra un enemigo poderoso que no respeta nada ni a nadie». Inmediatamente, estas declaraciones conectaron buena parte de la memoria colectiva a los años más oscuros de la Dictadura, cuando

las autoridades cívico-militares insistían en que en Chile había una guerra interna. Aunque el contexto ciertamente era distinto no deja de ser sintomático que las palabras de Piñera se conectasen a ese pasado complejo y, más aún, emergiera a partir de allí un conjunto amplio de consignas y símbolos que homologaron rápidamente la figura del presidente a la de Pinochet. En sintonía con lo que Stern (2013) ha planteado para el tema de la memoria en Chile durante la Dictadura, se podría indicar que el estallido social de octubre de 2019 será un importante punto de inflexión para hacer surgir una nueva memoria sobre la violencia política, la cual estará ligada en algunos aspectos nuevamente a la época de Pinochet.

Mirado desde un ángulo de larga duración, este tipo de recuerdos y ejercicios comparativos serían el reflejo de una memoria colectiva que en periodos de crisis social pone sobre la mesa el tema de la violencia estatal como uno de los principales ejes de la respuesta institucional. Recordemos que la larga sombra de la represión llevada a cabo por el Estado chileno a lo largo de dos siglos de historia ha marcado a fuego a buena parte de la sociedad civil, la que ha sido, en distintos grados y momentos, el principal receptor de este tipo de prácticas. Tal dinámica, según enfatiza Igor Goicovic (2016), sería el reflejo de una relación históricamente conflictuada entre la sociedad civil y el Estado y las clases dominantes. Desde esta perspectiva, entonces, la violencia política de signo estatal, junto con las huellas materiales que deja en determinados individuos o grupos, ha generado una memoria de la violencia que permanentemente se reactualiza y acomoda a nuevos contextos. Las denuncias públicas por el actuar policial y militar, conectado a periodos recientes de violencia extrema, son en definitiva un buen ejemplo de esa memoria que emerge en periodos críticos de la historia nacional.

Como apuntábamos antes, la sensación de un despliegue represivo intenso a lo largo de distintos espacios fue un tema transversal en diversos testimonios recogidos. Antonieta (42 años, funcionaria del Sename, Puente Alto) rememora concretamente el tema de la violencia estatal:

> Después de los días se comenzó a sentir que esto iba aumentando, ya sea en la crisis como en la violencia que se vivió en esos días. Encuentro que se vulneraron todos los derechos, ya sea física y psicológicamente, hacia la ciudadanía de parte del Estado, un Estado represor que ha sido… [que] no ha escuchado a las personas, sino todo lo contrario. Encuentro que ha sido una actitud muy represiva de mucha indolencia.

Desde otras regiones, aunque se enfatiza en algunos casos la existencia de prácticas violentas por parte de los manifestantes, no se soslaya el tema de la represión policial. Federico (75 años, periodista jubilado, Coquimbo) recalca estos aspectos:

> Nunca calibramos en realidad la magnitud de la protesta y de la violencia por lado y lado, sobre todo la violencia, la barbarie irracional que han tenido algunos sectores al desatar desmanes totalmente reprochables, pero también la barbarie y la enajenación que ha tenido la policía para cometer las atrocidades que ha cometido durante este periodo.

Isabel (57 años, cuidadora de niños, Iquique) recuerda aspectos muy concretos de la violencia represiva de Carabineros:

> He participado de marchas y he sido testigo del abuso del poder en cuanto a la fuerza policial. Acá también [Iquique] muchos heridos por los perdigones, que se decían que eran de goma, lo cual se ha comprobado que no lo son… Preocupada hasta el momento por todo lo que está pasando, con miedo al saber de que no sabemos lo que viene, en realidad.

La mirada de algunos extranjeros que viven en Chile también arroja luces respecto a cómo visualizaron el tema de la violencia. Julián (35 años, profesor de nacionalidad colombiana, Temuco) nos cuenta sus impresiones:

> Lo más preocupante de todo son las decisiones que ha tomado el gobierno cuando el Estado ha oprimido, el sacar los militares a las calles agudizó o agudiza siempre más la represión, la violencia y la tortura en contra de los derechos humanos que se ha presentado sistemáticamente… Nunca me imaginé tener estudiantes detenidos, golpeados y, bueno, esto

> finalmente también le pasa a uno la cuenta emocionalmente. Han sido días muy densos y han sido días emocionalmente muy pesados, días de mucha ira.

Desde el extranjero, el tema de la violencia y la represión también fue advertido por algunos chilenos. Francisca (38 años, profesora universitaria, residente en Francia) recuerda a este respecto cómo fue procesando este tópico:

> Yo estaba muy emocionada y muy impotente también de ver cómo la violencia que había nuevamente en Chile después de 30 años de democracia… parecía que resurgían todos los viejos demonios, la misma forma de censura, la misma forma de operar, la misma forma de interpretar, de suprimir, de avergonzar [...] y con el paso del día las cosas se fueron poniendo más fuertes. Pero también como que junto con esa represión también había una mística que se dejaba ver a través de estas redes sociales, en donde se veía que junto como a esa violencia de parte de fondo del Estado también había como muchos sueños, había un acuerdo, había elementos que salían o que brotaban.

María Soledad (estudiante de doctorado en Estados Unidos) rememora aspectos similares y los conecta a una perspectiva más amplia, vinculada al tema de la represión dentro de la historia de Chile:

> Ver, en el fondo, todo el mundo en las calles, ese despertar… eh, como que por un lado me llenaba de esperanza, nos llenaba de esperanza a los que estábamos ahí, pero también de miedo, como de [...] porque sabemos, uno conoce la historia de Chile y en la historia de Chile cada vez que, o muchas veces que hay un levantamiento o una movilización popular muy potente, esa movilización es respondida con represión. Y, claro, cuando Piñera sale y dice «estamos en guerra contra un enemigo poderoso», eh… es como que te recorre un escalofrío, porque decir… ¡Chuta! Qué va a pasar, qué va a pasar con la gente que está en la calle, qué significa esto: significa que nos van a echar de la Plaza Italia a balazos, como qué consecuencia va a tener eso, y yo siento que esa ambivalencia como de emociones es una ambivalencia que me acompañó todo el tiempo posterior.

Para redondear algunos de los tópicos que emergen en los testimonios recogidos, cabría indicar dos aspectos centrales. En primer término, que el punto de inflexión que marcaría el 18 de octubre en Chile alteró significativamente diversas cotidianidades que, en algunos casos, se percibían, hasta la mañana de esa misma jornada, como normales. Al mismo tiempo, esa modificación sustantiva de tiempos y rutinas permitió conectar lo individual a una problemática social y política más amplia y colectiva, que irrumpió en pocas horas. La dimensión temporal, en este sentido, también sufrió modificaciones importantes, ya fuera porque su tránsito pareció tomar un ritmo vertiginoso, como también porque esa misma aceleración hacía vislumbrar un horizonte cargado de incertidumbre. En otras palabras, el estallido imprimió una velocidad sorprendentemente rápida a diversos procesos sociales y políticos vinculados a esa coyuntura, mientras que el futuro que parecía abrirse en el mediano plazo se percibía como un proceso más bien lento y de tránsito difícil.

En segundo término, los espacios fueron igualmente comprendidos como lugares alterados en su normalidad y estructura física. El despliegue de fuerzas policiales y militares que virtualmente se tomaron las calles fue una imagen recurrente dentro de los testimonios y que correría en paralelo a esa otra imagen de aglomeraciones masivas de personas en distintos puntos de la urbe. Con el transcurrir de las horas, comenzaría a desplegarse una memoria colectiva que comenzó a internalizar el tema de la represión, ya fuese como producto de las informaciones emanadas desde los medios de comunicación, o bien por la experiencia personal de los propios individuos.

Con seguridad, una de las consecuencias más relevantes del estallido social del 18 de octubre fue su capacidad por articular demandas que hasta entonces parecían dispersas dentro del espacio público, pero que a nivel de base tenían rostros comunes y corrientes que comenzaron a articularse entre sí. Además de ello, la irrupción volcánica de la protesta social permitió sintetizar diversas estrategias discursivas y activar procesos de memoria, individual y colectiva, hasta posicionarlos en un lugar preponderante.

Estallido social (ii): emociones, sentires, sensaciones

En un territorio acostumbrado a desastres naturales de distinto orden, palabras como terremoto, tsunami, huracán, riada o erupción volcánica resultan útiles para adentrarse en un suceso que ha tenido (y está teniendo aún) hondas repercusiones, no solo a nivel institucional, sino también en la vida cotidiana de sus habitantes. En razón de ello, este segundo capítulo reflexiona sobre la dimensión vivencial –en cuanto a emociones y sentires– asociada a las primeras horas y días del estallido.

Sintomáticamente, la tarde/noche del 18 de octubre de 2019 todo comienza a tomar forma a partir de un desborde de los márgenes, de lo imprevisto y de lo (in)esperado. Como se recoge en el testimonio de Hugo, docente universitario y habitante de Santiago, que a sus 62 años rememoraba:

> Era un mar de gente por la Alameda, camino a sus casas […] la situación era más caótica, y mucha más gente, y era evidente que se estaba iniciando una protesta espontánea de envergadura […] éramos muchos, y había un ambiente en el que se podía hablar con personas desconocidas, como nunca, había un motivo, y se producen catarsis abiertas, sobre la pésima realidad en que estábamos inmersos […] Mucha expectación y toda la gente hablando, sin duda todos asistíamos a

> una realidad que nadie podía desconocer o desmentir; florecía el descontento de las más diversas formas.

En ese ambiente tan agitado, las sensaciones y los sentimientos que fueron aflorando eran diversos. Para algunos, por ejemplo, se trata de un evento sorpresivo:

> En el camino [a casa] quedé sorprendido porque veía mucha mucha gente afuera con el tema del cacerolazo, y afuera de los metros, y de verdad era como un ambiente muy eufórico [...] Sí, obviamente es sorprendente vivirlo y no que te lo cuenten, como me lo contó mi padre [en alusión al golpe de Estado de 1973]. (Roberto, 29, trabajador independiente, La Cisterna)

Y a la sorpresa se sumaba una cierta expectación, como lo grafica Lucas, de 24 años, quien trabaja en comunicaciones gráficas y vive en la comuna de Santiago:

> No sabía bien qué se venía, pero sí sabía que se venía algo grande, me dio una sensación muy fuerte.

Asimismo, hubo quienes asociaban el asombro con una comprensión de los sucesos de esas primeras horas, como Jorge, de 38 años, técnico informático de El Bosque:

> Me sorprendió gratamente ver que en realidad como sociedad nos podíamos unir en un bien común y demostrar nuestro descontento. Quizás muchos dirán que no era la forma, que no se necesitaba tanta violencia, pero es que, lamentablemente, las autoridades piden... o tienen tolerancia cero a este tipo de manifestaciones, pero nuestra tolerancia se agotó, nuestra tolerancia llegó a cero el 18 de octubre.

También en esta línea afloró la empatía con aquellos que encarnaban las desigualdades e injusticias sociales. Así lo expresa Karla, profesora de 26 años, desde Punta Arenas:

> Esa semana fue súper devastadora, me imagino que para muchos de nosotros. Para mí personalmente, porque me di cuenta de que no se podía vivir con trescientos mil pesos, y

> eso es lo más duro, darse cuenta de eso; porque uno siempre lo supo, pero el manifestar de la ciudadanía te da para pensar mucho más. O sea, cuando vas a comprar un kilo de pan… Uno muchas veces tiene la suerte de poder ganar más del sueldo mínimo y tú vas y compras un kilo de pan… Pero empecé a hacer cálculo de cómo lo haría si ganara trescientos mil pesos, y logré darme cuenta y logré ponerme en el lugar de los otros. Y eso yo creo que siempre todos lo supimos, que no se podía vivir con eso, pero nunca lo asimilamos y tratamos de cambiar como tal.

Sumado a ello, Sandra (49 años, secretaria, de Maipú), pone sobre la mesa el tema de la angustia como tópico que emerge ante la incertidumbre:

> Terrible el ambiente, con ganas de llorar, sin saber qué hacer y ver a la gente caminado sin rumbo, desconcertada.

Esa sensación de desconcierto, o de incerteza, aparece amplificada para quienes lo vivieron a la distancia. Desde Alemania, así lo recuerda Mónica (46 años, secretaria ejecutiva bilingüe y profesora de Español en universidad):

> El día del estallido social, yo me encontraba en una isla griega llamada Rhodos con mi familia, eran las vacaciones de otoño. Como cada día, me comunicaba con mis amigas de toda la vida y mis padres por WhatsApp. La diferencia horaria con Grecia en esa fecha era de 5 horas. Recuerdo que estaba desayunando en el hotel cuando comencé a escuchar los audios que tenía de muchísimas personas. Lo primero que me pasó fue dejar de desayunar, pues se me quitó el apetito. Ya no quise ir a la playa o a la piscina con mis hijas porque necesitaba quedarme en el lobby del hotel que tiene mejor señal para mirar la prensa y también contestar los audios. Desde ese día, las vacaciones ya no se me antojaron maravillosas, inmediatamente me bajaron las defensas y en cosa de tres días formé un herpes en mi labio por estrés.

Para algunos no fue solo angustia frente a lo desconocido, sino más bien una mezcla de sentimientos encontrados, como nos relató Paula (49 años, psicóloga y residente en Santiago Centro):

> Me dio miedo y desolación porque llegué a otra parte de la Alameda donde estaba absolutamente tomada por gente, bueno, encapuchados, con pañuelos, no es que me dieran miedo ellos, pero sentí que aquí estaba pasando otra cosa y no podía caminar por aquí… Lo que más me asustaba eran los carabineros con guanacos, zorrillos, y ahí sentí una atmosfera de guerra, porque no era la protesta, era guerra, sentía como una atmosfera de guerra; además la luz estaba oscura, ya me dio susto. Volví a las calles, la gente corriendo, no se podía respirar y ahí me nació un cierto desamparo, una sensación muy rara y al mismo tiempo la tranquilidad de encontrar a gente con cacerola. Pero ahí no entendía qué pasaba y ahí me di cuenta de que no tenía clave de lectura para entender, era más bien caminar, caminar para llegar a mi casa. La verdad es que también no me imaginé la dimensión.

A kilómetros de distancia de Chile, la mixtura de sentimientos parecía complejizarse, como lo rememoraba Soledad, enfermera de 43 años, desde Canadá:

> Por un lado, me angustiaba ver el grado de violencia, las quemas y los saqueos, me preocupaba la seguridad de mi familia y amigos y qué pasaría con el país, qué significaba realmente todo esto. Por otro lado, pasados los días al ver las protestas pacíficas de miles de personas en las calles, sentí que era un estallido necesario, que era el momento de ir con todo para cambiar las cosas de verdad. Sentí la seguridad de estar lejos y a la vez nostalgia de no poder participar en las marchas pacíficas, de no poder ser parte de esas demandas que comparto.

Para Daniel (43 años, estudiante de posgrado en Reino Unido), la vivencia de la lejanía era vivida, además, como un privilegio que tenía un sabor amargo:

> Era incertidumbre por no tener opción de saber lo que pasaba, y angustia por sentir que casi era imposible saberlo para casi nadie. Me daba la sensación de tener solo fragmentos dispersos, trozos de algo que no llegaban a configurar ninguna imagen. Preocupación por mi familia, mis amigos y conocidos en Chile. Culpa por estar lejos. Culpa por no poder hacer nada. Tampoco sé qué podría haber hecho estando en

> Chile. Era la sensación del privilegio personal con su peor cara. Impotencia, pena, incertidumbre, culpa.

Un privilegio que incluso podía silenciar algunas voces, como le ocurrió en Estados Unidos a María Soledad (estudiante de doctorado):

> Al principio me pasaba que yo como que me quedé «callada» por las redes sociales [...] Yo decía: Sabí qué, como que siento que no puedo decir o hablar porque no estoy allá, no estoy viendo lo que está pasando, no lo entiendo cien por ciento. Y no puedo venir yo desde acá, de mi torre de marfil de Boston a dar mi opinión [...] Yo creo que los primeros dos meses no posteé nada; solo como que escuchaba, leía, miraba, hablaba con gente... Y de repente me dije: bueno, la única herramienta que tengo desde acá para hacerme parte, ya que no puedo poner mi cuerpo en esas marchas y no puedo salir a la calle, la única herramienta que tengo es mi palabra, son mis palabras, y cómo usar esa palabra. Entonces ahí como que me empecé a atrever un poquito más a hablar.

Ese silencio inicial de María Soledad, que en un primer momento fue una implosión, se transformó posteriormente en palabras y escritura, intensificando las sensaciones y haciéndolas salir a la superficie:

> Le comenté esto [sobre el estallido] a un profe y me dijo: «Pero bueno, escribe sobre el estallido social, como si eso es lo que te está llegando a tu corazón y lo que está en tu cabeza, usa lo que estás aprendiendo en este curso para escribir sobre eso». Y eso también me permitió como canalizar la enorme cantidad de energía que explotó y que explotó también en mí, aunque fuera a la distancia. [Sentía] una mezcla muy grande de esperanza, de alegría, como un deseo muy grande de estar allá, mucha nostalgia, y al mismo tiempo harto temor, sobre todo temor a las posibles y efectivas respuestas represivas del gobierno, y a la emergencia hacia la violencia hacia las personas.

El miedo aparece en muchos relatos. En el caso de los inmigrantes que viven en Chile, especialmente en los latinoamericanos, sería aún más patente. Para algunos de ellos, por ejemplo, el tema de la violencia de algunos manifestantes resultaba significativo:

> Mira, este en ese momento estaba laborando y lo que recuerdo fue muchas personas buenas por supuesto queriendo hacer las cosas de forma pacífica y había otros que se aprovechaban y por supuesto se empezó a generar zozobra entre los que caminaban y entre los comercios, que tuvieron que cerrar por miedo a que les fuesen a hacer algo. (Julia, 35, venezolana, administradora, Santiago Centro)
>
> No, si yo pensé que eso era solamente un día y ya va más de un mes y siguen peleando y peleando y no paran… No, pues como siempre hacen protestas, manifestaciones por un día, van a Plaza Italia o no se hacen un día y al otro día está todo normal, pero esta no, esta no ha pasado como las otras, esta va de largo… Ya está uno como asustado porque no sabe lo que va a seguir pasando con el país. Yo por lo menos que tengo mi negocio veo la cosa complicada, me ha afectado esa vaina. (Zuleider, 45, colombiano, conductor de transporte público, La Pintana)
>
> Yo estaba en mi trabajo y pasaron por acá a protestar, empezaron a tirar bombas y eso fue terrible porque… estuvimos trancados acá, no podíamos salir y eso. De ahí a la casa y de ahí empezó esta agonía […] jamás pensé que iba a ser tan intenso y que íbamos a estar hasta hoy en día en ese… Pensé que era una simple protesta, pero no la intensidad y la destrucción en que se ha convertido este país. (32 años, de nacionalidad colombiana, preparador físico de la comuna de Santiago Centro)

Para otros como Julián (35 años, profesor, colombiano residente en Temuco) la condición de inmigrante misma podía suponer un riesgo mayor:

> Tenía mucho miedo de pronto de los militares en la calle que pudieran hacerme algo y más en mi condición como migrante. Eh, creo que esa fue la sensación […] Nunca me imaginé tener que vivir un estallido social tan grande, nunca imaginé poder vivir un estallido social que también tocara muchas cosas, igual en mi condición como migrante ha sido un poco difícil. He estado acompañando algunos procesos, pero también me toca con mucha cautela por miedo a la represión hacia la migración, por miedo de que algún carabinero llegara a tomarme o a golpearme y mi condición de migrante podría agravarse.

En cualquiera de los casos, el estallido social tuvo sus propias repercusiones en la comunidad extranjera residente en el país, como lo mostró el estudio «Inmigrantes y el conflicto social en Chile», realizado por el Centro Nacional de Estudios Migratorios (CENEM) de la Universidad de Talca, que fue dado a conocer en enero de 2020. Entre sus resultados, hay un tópico que se vincula directamente con los testimonios expuestos. Este indica que un 76,5% considera que las movilizaciones y protestas desarrolladas a partir del inicio de la revuelta han sido «mayormente violentas» (p. 12). Además, frente a la pregunta «¿Qué emociones o sentimientos le ha generado el movimiento social que se está viviendo?», las respuestas exhibieron mayoritariamente una impresión negativa: tristeza (30,0%), temor (21,2%), angustia (8,5%), incertidumbre e inestabilidad (7,5%), decepción e impotencia (7,4%), molestia (3,4%), recuerdos malos (2,9%), descontento social (1,3%). Las únicas referencias positivas y/o neutras, también en orden decreciente, fueron: esperanza y alegría (9,8%), otras emociones (5,3%), nada (2,7%) (p. 17).

Agravios morales (I): Acumulación de rabias, malestares, injusticias, desigualdades, abusos

Sin duda un acontecimiento de estas características no puede sino haber sido el síntoma manifiesto de problemáticas estructurales. En lenguaje honnethiano podríamos decir que responden a «patologías sociales» propias de las sociedades contemporáneas que se originan en la irracionalidad propia de un entramado institucional capitalista y, en este caso, en su versión más gravosa: la neoliberal. Esta configuración es la que impide el logro de la autorrealización individual, la cual no debe ser leída en clave individualista, puesto que para este autor «la vida individual depende, más allá de todas las barreras culturales, de las condiciones sociales previas» (Honneth, 2009: 108). Esas condiciones, en un orden capitalista, no estarán nunca dadas para propiciar, ni menos promover, la autorrealización, dado que «el capitalismo [en sí mismo] debe entenderse como una patología y no únicamente como una injusticia de las condiciones sociales» (Honneth, 2009: 69).

Ello permite entender, entonces, las enormes dimensiones del estallido, en virtud de lo cual se sentía en el ambiente que sobrevendría algo «grande», las dimensiones del estallido parecieron sorprender a muchos, como a Alfonso, trabajador social de 42 años y habitante de Maipú:

> Yo creo que todos éramos conscientes de las injusticias, de las desigualdades, de las discriminaciones, pero yo creo que yo no era tan consciente de la capacidad que tenía la gente para reaccionar como reaccionó en todo Chile [...] Creo que nadie tenía la capacidad de proyectar tanta rabia a la gente.

En efecto, palabras como rabia, injusticia, atropellos, discriminaciones, abusos, se repiten en muchos testimonios, y parecen condensar la percepción de que se llegó al 18 de octubre producto de la acumulación de todas ellas durante décadas, en todo el país. Así lo advierte desde Punta Arenas Eduardo, gerente de empresa privada, de 39 años:

> Parece que había mucha rabia acumulada y una real necesidad de cambio.

El testimonio de Tania, de 47 años, funcionaria en Dirección del Trabajo en Valparaíso, profundiza en tal sentido:

> La verdad que era una bomba de tiempo, quizá todos lo sabíamos del descontento, lo que pasa es que no había salido a la luz pública tanta rabia acumulada, tanta desigualdad, tanta impotencia de los adultos mayores por sus pensiones, de todos estos jóvenes que finalmente son los que hoy en día son gran parte del saqueo, estos jóvenes del Sename o estos jóvenes que no tienen nada que perder porque en el fondo nunca han tenido nada.

Violeta, profesora de 37 años, de la comuna de Santiago, relata una historia muy personal en la cual se entremezclan expectativas y anhelos que se vieron frustrados por la precaria situación en que se encontraba, que para ella era totalmente «injusta». Esa sensación de injusticia tan hondamente vivenciada es la que la impulsó a salir

directa e intencionalmente a manifestarse. Esto, a diferencia de la mayor parte de quienes ese viernes 18 de octubre se fueron sumando a las protestas en medio de sus intentos por regresar a casa. Así lo expresa rememorando ese día:

> Como veía que mi situación personal respondía a un problema que era parte de lo que se estaba criticando, que era sistémico, y estaba totalmente a favor de los cabros, yo salí por la cuestión sistémica, no salí por los 30 pesos, siendo bien sincera. Entonces, dije: no, hay que apañar a los cabros, lo único que quiero es ir a protestar [...] Para mí ese día fue una alegoría de muchas cosas.

Quizás la imagen de esas palabras es la que sigue contando Violeta, a partir de una fotografía que toma ese día casi frente al palacio de gobierno, desde la calzada sur:

> Está en el bandejón central de la Alameda un señor sentado lavando su ropa en un balde. Es un señor en situación de calle, que vive en la calle, con harta ropa y colchones [...] Yo soy buena para caminar y ellos [el hombre de la foto junto a otras personas en su misma condición] siempre, siempre han estado ahí [...] Yo decía: estos huevones no quieren ver... Estamos a dos cuadras de La Moneda y no ven. No ven la pobreza, no ven la precariedad, o sea, el caballero trabaja lavando autos, vive aquí, come aquí, caga aquí. Y no lo ven. Y estamos al lado de La Moneda... Entonces, puta, ahí a gritar con más fuerza.

En relación con ese entramado de emociones agolpándose unas sobre otras, surge para Hugo (docente universitario de 62 años, de Santiago Centro) una interrogante muy reveladora del sentir de esos días:

> Debo reconocer que siempre me preguntaba: ¿Cuál es nuestro límite como sociedad? ¿Cuánta injusticia estábamos dispuestos a aguantar? Y pareciera que la ley de la naturaleza hoy se tomó la palabra y las calles y la dignidad humana nos empiezan a interpelar, a unir, a reconocernos, a estar ahí con las y los vecinos, con desafíos comunes pero unidos.

Sentimientos morales, como la ira, la injusticia, la rabia, se trasformaron en motores para la movilización social, pero –siguiendo a Honneth– no al modo de una sumatoria de malestares o situaciones degradantes, sino como un conglomerado de síntomas de un mal basal: el orden capitalista mismo.

La noción de dignidad comenzó a habitar en los discursos de miles de personas y colectivos que encontraron en ella una buena síntesis del horizonte al cual dirigir las demandas sociales. No se trataba ya de requerimientos puntuales o de reclamaciones de satisfacción inmediata ni menos instantánea. En efecto, dicha idea aflora como una dualidad, tanto simbólica como material, con la explosión social de ese octubre. Dos hechos ejemplifican lo señalado. Primero, la espontánea emergencia del lema «Hasta que la dignidad se haga costumbre», que en una sociedad como la chilena implicará sin duda un largo y profundo camino de transformaciones para su concreción. Por cierto, dicha frase no solo remite a la facticidad de los cambios pendientes, sino también a un ideal normativo en términos de situar un estándar ético para hablar de una vida digna con sentido. En consecuencia, las nociones de dignidad y respeto desarrolladas por Honneth apuntan a una comprensión ampliada de la justicia, ya no solo referida a aspectos de distribución y de igualdad. Esto, en parte debido a lo que el autor estima que es el desencanto ante las promesas incumplidas de un incremento de la igualdad, así como también al acrecentamiento de la sensibilidad moral, justamente en razón de lo extendido de las experiencias de menosprecio social o no reconocimiento (Honneth, 2011: 2014).

Las enormes dimensiones simbólicas de la idea de dignidad son también una clave analítica en términos del tamaño del agravio padecido. Bien se refleja en estas palabras de Gabriela, investigadora de 44 años y residente en Providencia:

> Yo estudio desigualdad, conozco la realidad, conozco las cifras, entonces, no me sorprende que haya pasado, pero sí no me esperaba que fuera una reacción tan violenta. Me imagino que es una reacción proporcional al abuso que la gente ha sentido por tantos años, y ha sido tan grande y ha sido tanto, que en el fondo la reacción fue igual de grande.

Como se observa, el tema de la violencia emerge dotado de múltiples significados, especialmente respecto del lugar que ha tenido en esta revuelta. Para algunos la violencia afloró como una respuesta a los agravios padecidos previamente, mientras que para otros se ubica como la causa de la explosión que comenzó ese 18 de octubre. Hay también quienes la ubican en ambos momentos, tal como lo manifiesta desde la comuna de El Bosque Matías (29 años, kinesiólogo):

> Me toca ver muchos pacientes que están postrados con una pensión miserable, que no les alcanza ni siquiera para atenderse […] Tengo una paciente que del 2015 está esperando que la llamen de cardiología. O sea, tengo pacientes que los vienen a ver del consultorio cuando los están sacando del cajón. ¡Eso es violento, pa' mí! Que quemen un supermercado no es nada, porque ya tantos años de abusos con las personas que más necesitan… Eso es violento.

En una cuarta posición, Paula, de 46 años, trabajadora en ventas y residente en España, remite al papel de la violencia como movilizador y camino para conquistas:

> Yo no creo en la efectividad de las manifestaciones pacíficas en ciertas demandas. Sí para otros casos, pero no para el tipo de demanda que se hacía en Chile. Considero algunas manifestaciones pacíficas como «derecho a pataleo», en las que se puede ver multitudes, pero no producen ningún cambio. Si no hay demostración contundente de malestar creo que no se hace caso. Esto en general no lo comento porque provoca discusiones; mucha gente se opone a la violencia al reclamar derechos porque desvirtúa lo que se demanda.

En una línea similar se ubican –también desde España– las palabras de Úrsula (35 años, profesora y emprendedora):

> Yo decía: es que así no se puede vivir con esta desigualdad y con esta injusticia, claro. Pero uno siempre sueña y siempre imagina que la gente despierte, ojalá Chile despierte […] Y es que cuando está en ese momento es que cómo se despierta, cómo despierta la gente ante la injusticia social, que despierta con una violencia, y con un poder, y con una rabia, y con un

> enfado, y con una angustia y como con una catarsis, se despierta todo. Claro, no es un bonito despertar. O sea, es que yo creo que no podría describirlo mejor: es un despertar y los despertares sociales no son bonitos.

El segundo hecho comenzó a gestarse a pocos días del inicio de la revuelta. La oficialmente llamada Plaza Baquedano, aunque popularmente conocida como Plaza Italia, comenzó a ser espontáneamente renombrada como Plaza de la Dignidad, o simplemente Plaza Dignidad. En efecto, se trata de un lugar emblemático de celebraciones de distinto tipo, especialmente futbolísticas y/o deportivas, que congregan a gran cantidad de personas. En la tarde y noche del 18 de octubre de 2019, en esa intersección, espontáneamente comenzaron a congregarse personas que, o bien habitaban por ese sector, o bien pasaban por allí en el lento regreso a casa producto de la suspensión del transporte público. Luego, a menos de un mes de iniciado el estallido, el 11 de noviembre, distintos medios de prensa daban cuenta de un hecho altamente simbólico: el servicio web Google Maps había sustituido el nombre oficial del lugar por el de Plaza de la Dignidad[1].

En esta segunda dimensión de la idea de dignidad se advierte la fuerza de la calle para el lazo social, para el destino de lo común. Es a la vez un lugar físico de encuentro y un espacio de disputa de proyectos de vida compartidos. La calle se transforma así en un hecho social total. Es «surtidora incansable de experiencias sociales, es probablemente uno de los espacios, sino el espacio más destacado de generación de saber sobre lo social y sobre la vida en común. Es una fuente de extraordinaria riqueza de aquel saber que interviene de manera decidida en los modos que toma nuestro "habitar lo social"» (Araujo, 2019: 15; Araujo, 2009). Así, fueron las calles desbordadas esa tarde/noche del 18 de octubre las que dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, las que contuvieron las manifestaciones, las que se transformaron en escenario para vociferar el malestar acumulado por tantos años, las que soportaron los cruentos embates de la

[1] Recuperado de https://www.latercera.com/mouse/plaza-italia-plaza-dignidad-google-maps/.

represión, así como también la respuesta desafiante e incansable de la denominada «primera línea».

La memoria dolorosa. Golpe de Estado y dictadura

En un intento por ir con Honneth más allá de sus planteamientos, sostendremos que es posible ubicar dentro de los agravios morales las profundas secuelas de la dictadura en buena parte de la sociedad chilena, habida cuenta de los insuficientes avances en materia de verdad, justicia y reparación. Como se ha sostenido profusamente, la traumática experiencia de las violaciones a los derechos humanos durante el régimen cívico-militar es una herida aún abierta.

Frente a ello, la represión desatada desde el 18 de octubre de 2019 en adelante hizo revivir muchos dolores y fracturas asociadas a esos años. Esto se volvió especialmente gráfico a partir de la instauración del estado de emergencia y toque de queda al día siguiente. La última vez que se había decretado dicha medida –descontando la situación generada por el terremoto de 2010– fue en 1987. Nunca en los años de la recuperada democracia había vuelto a ocurrir. De ahí el impacto:

> Miedo, me dio miedo. Recordé cosas malas del 73 y pensé que podía ser algo parecido o igual […] con el toque de queda… Pensé que podían hacer un golpe de Estado nuevamente y que no lo íbamos a pasar, y vino pánico a mi vida […] miedo, mucho miedo, porque como en el 73 fue tan terrible y yo pasé todo eso. (Rudith, 62, cuidadora de enfermos, Lo Prado)

Estos fantasmas aparecieron incluso para chilenos residentes en el extranjero, tal como lo recuerda Mónica (46 años, secretaria ejecutiva bilingüe y profesora de Español en universidad, residente en Alemania):

> Fue una sensación horrible, que me hizo inmediatamente volver a mi infancia y recordar esa situación vivida. Recordé cómo veía los militares pasar con sus metralletas por abajo del block en donde vivía, cerca de la Villa Francia. Me

sobrecogió sobremanera pensar que esto volvía. Miedo, amargura, desesperación…

También para los jóvenes:

> El toque de queda siento que fue como volver al pasado… ya ha habido una dictadura acá que igual es hace poco, como 20 años que volvió la democracia a Chile [sic]. Entonces, a muchos adultos arriba de 40 años el toque de queda fue un trauma y volver a eso… Mi abuelo, por ejemplo, que tenía una panadería, el toque de queda comenzaba a las 7, mi abuelo cerraba a las 3 porque tenía miedo de que fueran lo militares y le pegaran. (Alondra, 22, estudiante enfermería, Puente Alto)

Como se observa, son las generaciones jóvenes –que no vivieron la dictadura– las que advierten el miedo y la reverberación de lo traumático en sus familiares mayores:

> Mi madre estaba demasiado afectada, estaba súper alterada […] Ahora mi mama está en una depresión un poco fuerte, porque también se acordó de la época de la dictadura. (Antonieta, 36, profesora de Historia, Ñuñoa)

Desde el otro lado, los mayores advierten cómo esa distancia con la experiencia de la dictadura permitió a los jóvenes liderar sin miedo las movilizaciones de los días y semanas previas a la explosión:

> Aquí en nuestro país estaba todavía la sombra de haber vivido en dictadura tantos años, que de hecho el poder manifestarse todavía en esta época, después de más de 30 años, todavía en cada uno de nuestra generación generaba como una situación de temor, de los que yo he conversado les pasó algo similar. O sea, nadie pensó que se iba a llegar hacia esto, pero esto lo patrocinó y lo dirigió esta nueva generación de jóvenes, que no vivió esta etapa donde nosotros temíamos el decir todo lo que opinábamos. Yo entré a mi primer año de universidad en el 74, con militares en la entrada de la escuela, y donde yo veía compañeros que al día siguiente de conocerlos no los veía más y nadie se atrevía a preguntar. (Margarita, 55, trabajadora social, Santiago)

Para otros, al recuerdo del Golpe y de los años de la dictadura se sumó el malestar con las manifestaciones que terminaron en desórdenes y destrozos:

> A mí me produjo una especie de volver al pasado, al 73, que lo vivimos muy de cerca, entonces yo temí mucho que pudiera pasar lo que pasó el año 73. Y así como le digo, yo creo que esto se podría haber logrado, sin destruir [...] a mí me parece muy bien que se luche, como decía anteriormente, por los derechos y por la igualdad. Pero lo que me parece mal es que se haya destruido todo lo que nos costó a nosotros. (Sergio, 62, profesor jubilado, Macul)

Una idea similar reafirma otra testimoniante:

> Al ver estas cosas así tan desagradables, que destrozan, me da mucha pena y mucha tristeza en mi corazón. Porque tiempos atrás, hace 30 o 40 años atrás, nosotros pasamos ya cuando fue el golpe militar. (Berta, 67, asesora de hogar y nana, Lo Prado)

Finalmente, en algunos aparecieron esos recuerdos como forma de resistencia:

> Hay que resistir, yo soy una mujer que esta sería como la segunda dictadura, porque tenía 15 años pal' 73, entonces para mí ha sido súper terrible, generalmente me llegan esos recuerdos de ese tiempo que fue atroz. Pero esto, por ejemplo los pacos, los milicos, creo que salieron peor que en ese tiempo. Así que ¡fuerza, todos somos uno! Y he de esperar que tengamos dignidad alguna vez antes de morirnos. (Ema, 62, funcionaria de la Inspección del Trabajo, Viña del Mar)

Lucha por el reconocimiento con ollas hirviendo y resonando

Las movilizaciones que se anunciaban y que se acrecentaron a partir del estallido social que se inició en Santiago el 18 de octubre pueden ser leídas desde el concepto de lucha por el reconocimiento.

Esta fue precedida por todas aquellas experiencias de agravios morales que se fueron acumulando en las décadas previas y que llevaron a la explosión de todos esos sentimientos morales de injusticia, de abuso y de atropello a la dignidad. Frente a esto, Honneth plantea una interrogante llena de sentido y, en nuestro caso, de pertinencia: «¿Cómo se enraíza en el plano afectivo de los sujetos humanos esa experiencia de menosprecio, de modo que pueda motivar el impulso a resistencias y conflictos sociales, esto es, a la lucha por el reconocimiento?» (Honneth, 1997: 161). De la propia formulación de esta interrogante es posible desprender algunas ideas-fuerza, entre ellas: i) Que la experiencia del menosprecio hunde sus raíces y/o impacta a nivel afectivo en la vida de los sujetos; ii) Que la lucha por el reconocimiento requiere de ese enraizamiento a nivel afectivo de la experiencia del menosprecio como factor motivacional para su propio despliegue; iii) Que la lucha por el reconocimiento se identifica con manifestaciones como la «resistencia» y los «conflictos sociales» (Morales, 2017). Esto último expresado de forma colectiva, puesto que «las experiencias individuales de desprecio se interpretan como vivencias-clave típicas de todo un grupo, de forma que pueden entrar como motivos rectores de la acción en la exigencia colectiva de relaciones ampliadas de reconocimiento» (Honneth, 1997: 134).

Esas exigencias compartidas se han visibilizado en esta lucha por el reconocimiento iniciada con la explosión de esa tarde/noche del 18 de octubre de 2019. Respecto de ese punto de partida, emergieron imágenes compartidas para graficar la detonación. Para ilustrar este aspecto bien puede usarse la idea de una *plurisemántica de las ollas*[2], dado que una de las figuras que aparece profusamente en los testimonios es la de una cacerola a punto de explotar:

> Creo que en el fondo esto era como una olla a presión, estaba presionando y se estaba viendo hasta cuándo más éramos capaces de aguantar. Y yo creo, de verdad, siendo bien sincera, que esto quizá pilló por sorpresa a la clase política, que creyó

---

2 Al respecto, ver: https://www.lemondediplomatique.cl/plurisemantica-de-las-ollas-de-la-sumision-a-la-explosion-por-paulina-morales-a.html?fbclid=IwAR3-T8APml3ajp85juYNRQ9o_NSmQ9Vtm9i5htlIu2bt8ioIgs2vTJki4Cc.

> que con lo que estaba haciendo era suficiente. (Fabiola, 33, académica, Santiago Centro)

Y si para los actores políticos pudo aparecer como una revuelta sin previo anuncio, para otros emergió como una encrucijada favorable:

> Yo creo que en algún momento esta olla tenía que explotar, entonces se dio la mejor oportunidad para poder hacerlo y replantearse qué queremos como Chile; entonces yo creo que fue una gran oportunidad para hacerlo. (Ignacio, 23, estudiante universitario, Peñalolén)

La explosión, el estallido mismo, es vista entonces como un despertar:

> En el fondo lo que pasa acá en Chile era como una olla de presión que no tenía válvula de escape y reventó. O como dijo un analista deportivo: la realidad chilena es una pelota de fútbol cocida mínimamente con hilo y esta pelota tantos años tan añeja ¡reventó! Chile despertó. (Marcos, 30, profesor de Inglés, Lo Prado)

Este despertar sorprendió a algunos inmigrantes, pues veían a los chilenos como un pueblo tranquilo, incluso al punto de la pasividad frente a los atropellos:

> Yo siempre he tenido un poco la sensación de que acá la gente no protestaba, no se quejaba y entonces pos bueno [...] empecé a escuchar los cacerolazos... Nosotros vivimos en un pasaje, así que nos unimos también a la protesta y comenzamos a cacerolear [...] Espontáneamente nos unimos a esa protesta, y fue un poco pa' dar cuenta del abuso al que es sometido el pueblo chileno [...] Yo había estado hace poco en España y me preguntaban cómo está Chile y, claro, todo el mundo espera que le contestes ¡muy bien! Y yo no suelo contestar eso porque veo que hay gente que lo pasa muy mal. (Xabier, 48, vasco, trabajador independiente como diseñador de interiores)

Esa imagen era también compartida por los propios chilenos:

> Siempre nos tildamos como un país sumamente reactivo, pero al mismo tiempo pasivo frente a los problemas sociales.

> Nos comparábamos con Argentina, era típico escuchar eso de si esto hubiese pasado en Argentina ya los tendrían gritando, ya los tendrían haciendo protesta, entonces fue... Quebró un poco esta auto narrativa que teníamos. (María Beatriz, 33, trabajadora social, Talagante)

Desde la zona norte, se sumaba una impresión similar:

> Nadie se imaginó que en este país que a menudo es tan calmo, tan apático, tan indiferente y tan concentrado en sí mismo los seres humanos iban a provocar esa explosión social que nos ha ido representando a todos [...] que de alguna manera u otra nos vemos afectados por una sociedad injusta, por un sistema implacable, cruel. (Federico, 75, periodista jubilado, Coquimbo)

En buena medida, se trataba de una problemática que, como sostiene Garcés, se vincula a una cuestión cultural de la nación chilena en el sentido de aguantar hasta llegar a un punto límite: «siguiendo una cierta tradición, los chilenos reaccionamos "cuando el agua nos llega al cuello"» (2020: 13). Y si en Santiago el agua amenazaba con ahogarnos, con el alza del Metro, en otras zonas distintos motivos habían derramado también «la gota que rebasó el vaso».

En efecto, en esa historia de agravios se encuentran también conflictos y luchas previas al estallido de octubre, pero que confluyeron en él dada la naturaleza de sus demandas. Así, por ejemplo, desde la Araucanía recogimos este testimonio:

> Temuco siempre ha estado como aislado, y de Temuco siempre se ha tenido la idea de tener el carácter de ser una región problemática, estigmatizada. Pero algo que me da esperanza es que estas represiones y estos desmanes de las fuerzas militares y las Fuerzas Armadas se generalizaron. Por lo tanto, con la lucha también se desmitifica a Temuco como una región conflictiva, como una zona roja, como siempre lo han hecho ver. También se dan cuenta de que las fuerzas militares, la policía, ejército prepara muchas cosas para que así se dé. La violencia sistemática de los derechos humanos que se han presentado en los últimos tiempos se extendió a otras

> regiones, se extendió en Santiago. (Julián, 35, colombiano, profesor, Temuco, Región de la Araucanía)

Desde el otro lado de la Cordillera también se refiere un tópico sobre la represión policial y el irresuelto conflicto histórico anclado de forma estructural:

> Muy chocante ver el grado de represión, tortura y asesinatos producidos por los diversos agentes del Estado contra les manifestantes. Eso sumado a la cantidad de personas con trauma ocular que se reportaba día a día. Estaban reprimiendo a les chilenes como hacen con el pueblo mapuche desde siempre, son «injusticias de siglos, que nadie le ha puesto remedio», como cantaba Violeta. Era hora de levantarse, de organizarse y de fortalecer el apoyo mutuo. (Ena, 27, estudiante de Medicina, Argentina)

En Aysén, en tanto, estaba muy fresco el recuerdo de las protestas de 2012[3]:

> Fue, entiendo, la única región del país en que eso no ocurrió [el toque de queda]. Y también entiendo –y esto ya es rumor– que se decidió no hacerlo, primero porque no había situaciones de violencia tan complejas, aunque sí había unos focos, pero también porque estaba todo este miedo de que volviera a florecer el movimiento social de Aysén, de tu problema es mi problema, que generó muchas complicaciones aquí para los habitantes y para la gente del gobierno en su momento. Fue una lucha social bien fuerte y que también trajo muchos beneficios para los mismos habitantes de la región, que estuvieron creo que más de 60 días en diferentes tipos de manifestaciones. La región estuvo desconectada bastante tiempo, las policías de aquí no podían hacer mucho, porque claro, los mismos policías son vecinos de los manifestantes. Entonces llegaron fuerzas especiales de afuera, y cuando llegan

---

[3] Esto refiere a un conjunto de movilizaciones desarrolladas entre febrero y marzo de ese año, liderado por el Movimiento Social por Aysén, y que reunió a un conjunto de organizaciones de trabajadores, comerciantes, transporte y medioambientales. Sus demandas se centraban en: problemas de conectividad, alto costo de la vida producto de lo anterior, emigración de las ganancias por la explotación de sus recursos naturales, bajas cuotas de pesca para sus pescadores, entre otros.

> las fuerzas especiales de afuera, claro, ahí está muy complicado, y hay una pequeña batalla interna, de la cual tampoco yo siento que se sepa mucho en el centro de Chile. Y entiendo que producto de eso, de este miedo a que esa organización vecinal que se dio pudiese haber quedado medianamente organizada, se decide no sacar los militares [...] y la gente de acá comentaba «oye si salen los militares acá puede quedar la escoba de nuevo por lo que pasó antes» y acá es muy fácil colapsar la ciudad, también porque hay pocas entradas. (Alberto, 39, docente universitario, Coyhaique)

Ese despertar, graficado en la explosión de una olla hirviendo hasta desbordarse, tuvo también su correlato sonoro por medio de las cacerolas repicando por toda la ciudad. Los cacerolazos fueron los sonidos que conformaron en parte del recuerdo de esas primeras horas:

> Decidí irme para mi casa [...] y de repente empecé a escuchar unos cacerolazos. (Camila, estudiante universitaria, 22, Quinta Normal)

Para otros fue el anuncio de ese despertar, de esa lucha que se estaba iniciando:

> Me bajé de la micro y escuché los cacerolazos camino hacia mi departamento, y eso me hacía sentir como motivada, como esperanzada de que la gente estuviera protestando. Y creo que desde el comienzo del estallido con la evasión en el metro también yo me sentía como muy contenta de que la gente protestara y de que los estudiantes iniciaran este movimiento. Recuerdo que ya estando en la casa pude salir a cacerolear con mis vecinas. (Paula, 26, psicóloga, Santiago Centro)

Ese gesto de cacerolear entre vecinos es muy gráfico de una revuelta que ha tenido entre sus particularidades el no estar ni propiciada en su origen ni conducida posteriormente por actores políticos formales, menos aún de corte partidista. Las protestas no solo se han dado en los centros neurálgicos de las ciudades, sino también en los barrios, en donde las cacerolas son utensilios de cada día:

> Empecé a ver que había manifestaciones en las esquinas, como una cosa no bien masiva en términos de que no era gente que estaba haciendo los cacerolazos, ni marchando en la Plaza de Armas de Coyhaique, donde era la reunión más masiva, sino que era gente de la zona de Coyhaique más periférica que estaban saliendo a las calles con los vecinos. Se veía esa cosa como bien autogestionada, como bien, cómo decirlo, no organizada, como que sale una señora, después sale un señor, después unos chicos de colegio y conversaban y estaban con las ollas. Y eso se fue dando en diferentes esquinas. (Alberto, 39, docente universitario, Coyhaique)

De esta forma, «como las campanas de una iglesia que antaño marcaron el tiempo de un pueblo y la vida de sus habitantes, la sonajera de las cacerolas concitó resonancias y complicidades inesperadas ante el cambio que se percibía. Sonidos que rompieron con el monólogo en voz alta del poder» (Bravo, 2017: 215).

Esas palabras, que si bien corresponden a una descripción de las jornadas de protestas nacionales del periodo 83-86, en plena dictadura, son perfectamente aplicables a esta nueva oleada de manifestaciones que se inició en octubre de 2019. El monólogo del poder, en tanto, era esa letanía de la estabilidad política, económica, del país modelo, del oasis de Latinoamérica, como erróneamente lo describió poco tiempo antes del estallido el presidente de la República.

Al respecto, Honneth advierte que las experiencias de no reconocimiento o de atropello se encuentran articuladas de forma mucho más clara, visible y audible y, por tanto, resultan más fácilmente aprehensibles que las manifestaciones positivas de reconocimiento. Esto, debido a que «las actitudes a favor permanecen en general implícitas, mientras que las actitudes en contra precisarían de la articulación precisamente porque de otro modo no serían tenidas en cuenta» (Honneth, 2011: 42).

Agravios morales (II): represión y violaciones a derechos humanos como un eterno retorno

Indudablemente, la lucha por el reconocimiento conlleva una respuesta por parte de quienes son interpelados por ella. Y muchas veces esa respuesta se expresa de manera violenta, sin disposición a acoger los planteamientos que subyacen a las protestas. Es en buena medida, y como ya lo hemos comentado en el capítulo anterior, lo que ha sucedido a partir de octubre de 2019, en donde ya se podía observar la represión desmedida de las fuerzas policiales hacia los estudiantes que estaban realizando evasiones masivas en diferentes estaciones del Metro de Santiago. Y, de paso, contra quienes se encontraban en las inmediaciones, como Dayan (de 29 años, trabajadora social, colombiana, Lo Prado):

> Estaba trabajando y nos tocó cerrar, antes de eso estábamos en el BancoEstado, en Santa Lucía [céntrica estación de Metro] Ahí vimos como los militares trataban de dispersar a los y las manifestantes, con agua, lacrimógenas y también escuchamos dos disparos.

Con posterioridad a ello, la violencia de parte de las Fuerzas Armadas y de Orden ha sido el sello de su acción en las calles –en nombre del restablecimiento del orden público– con un solo momento de retracción la noche del 18 de octubre mismo, en lo que pareció una estrategia de dejar hacer para justificar luego una represión mayor. Así lo advierte, con extrañeza, una testimoniante al salir de su trabajo para dirigirse a su casa:

> La Alameda estaba llena de barricadas, había un ambiente muy muy raro, no había ningún carabinero, contrariamente a las imágenes que me mostraron durante el inicio durante la clase, donde veía esa horda de carabineros dentro de los metros, y me preocupé… (Fabiola, 33, académica, Santiago Centro)

Y otra persona que iba camino a recoger a su hijo precisa:

> Traté de pasar por la Alameda a la altura de La Moneda cuando eran ya casi las 10 de la noche y ahí me di cuenta de

lo que todo esto significaba. Estaba cerca de la casa central de la Universidad de Chile, con barricadas, con rejas; llegué ahí y me tuve que devolver contra el tránsito por dos cuadras aproximadamente por la Alameda. Y estaban los carabineros frente a La Moneda y no hacían nada, y eso a mí me llamo mucho la atención. Yo que viví la época de dictadura nunca había visto la Alameda así, ni en las peores protestas, la Alameda cortada, y menos con los carabineros ahí tan cerca sin hacer nada. (Andrea, 49, dueña de casa, Cerrillos)

Tras esas horas de pausa, la violencia se reanudó en las calles, con más fuerza. La vivencia del atropello nuevamente presente:

He participado de marchas y he sido testigo del abuso del poder en cuanto a la fuerza policial. Acá también [hubo] muchos heridos por los perdigones que se decían que eran de goma, lo cual se ha comprobado que no lo son [...] Los pacos se subieron a la playa en moto y los niños estaban todos en la playa [...] por eso te digo abuso de poder terrible, horrible. (Isabel, 57, cuidadora de niños, Iquique)

Las referencias al uso de perdigones nos llevan indefectiblemente a una de las expresiones más crueles de la violencia policial: las lesiones oculares que sufrieron cientos de manifestantes, las que incluso significaron la ceguera total para el joven estudiante Gustavo Gatica; también para Fabiola Campillai, producto de una bomba lacrimógena lanzada a su rostro. Esto sin duda ha tenido un hondo impacto en Chile, desde el comienzo del estallido:

Te deja un poco en shock las cosas que han pasado, los mutilados en sus ojos, personas que han perdido las vistas, ambos globos oculares, por estar manifestándose o por estar cerca de un lugar. (Marcos, 30, profesor de Inglés, Lo Prado)

Quizás uno de los puntos más álgidos de la violenta represión desplegada se encuentre, junto con los traumas oculares, en los abusos sexuales y violaciones denunciadas por parte de algunos detenidos. El mismo testimoniante anterior, Marcos, lo plantea así:

> Tampoco uno vislumbraba por ejemplo que agentes del Estado pudieran violar en pleno año 2019 a mujeres presas después del toque de queda.

En efecto, las estadísticas que iba entregando el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) al respecto eran elocuentes. De hecho, en su Informe Anual, presentado al país en diciembre de 2019, se recogieron datos impresionantes, entre los que resaltaban: i) 809 personas fueron representadas por esta entidad en querellas relativas a «violencia sexual» y «otros delitos de connotación sexual»; esto, entre el 18 de octubre y el 30 de noviembre de ese año (p. 46); ii) la mayor parte de estos delitos fueron cometidos por funcionarios de Carabineros de Chile: desnudamientos (96%), tocaciones (89%), amenazas de violación (89%), violaciones (100%) (p. 49). En relación con las lesiones oculares, dicho informe consignó lo siguiente: «Según las inspecciones realizadas en recintos hospitalarios al 30 de noviembre, se reporta un total de 347 heridas oculares, entre las que se cuentan estallidos del globo ocular, pérdidas de visión por trauma ocular irreversible y traumas oculares» (p. 35). La violencia desatada por parte de las Fuerzas de Orden y Seguridad ha golpeado, literal y metafóricamente hablando, a la población desde distintos lugares geográficos y simbólicos, sin consideración siquiera con grupos especialmente vulnerables.

Frente a ese actuar extremadamente violento, las interpelaciones y reclamos de la ciudadanía se dirigieron al gobierno, que por lo demás es responsable del actuar de los cuerpos uniformados. El doloroso recuerdo de las graves, masivas y sistemáticas violaciones a los derechos humanos volvió a emerger con toda su carga emotiva y traumática, pero no solo como una remembranza, sino ahora como una dura (nueva) realidad. Era violencia sobre violencia. Por ello fueron fuertemente criticadas las referencias bélicas del presidente de la República. De hecho, la noche misma del viernes 18 ya se veía venir la respuesta represiva desde el Ejecutivo, tal como lo recuerda Ivannia (21 años, estudiante universitaria, Conchalí), que intentaba denodadamente regresar a su casa:

> Me llamaron mis familiares diciendo que el presidente iba a hablar por televisión y que iba a sacar a los militares a las calles ese mismo día. Así que me llamaron para que me fuera rápido. No tenía cómo irme, caminé demasiado.

La salida de militares a las calles por orden de Palacio no se había producido desde los años de la dictadura, salvo en casos de catástrofes naturales. Esto, sumado a las bélicas declaraciones del mandatario, a la justificación del actuar represivo de la policía y militares, junto con la criminalización de la protesta, cerraba la puerta a cualquier interlocución posible. En consonancia con ese sentir-ambiente, se leía en una crónica de esos días: «Una vez que el gobierno desató su imaginaria "guerra interna", y cortados todos los puentes de diálogo con las dirigencias sociales que podrían colaborar a una agenda de restablecimiento de la gobernabilidad, no se aprecia a esta fecha una vía de restablecimiento de la normalidad perdida» (Ramis, 2019: 4).

Esa indolencia encontró su punto culminante cuando cerca de la media noche del 18 de octubre comenzó a circular una fotografía del presidente cenando en compañía de su familia en un restorán del sector alto de la ciudad. Así lo vio desde Coquimbo Federico (75 años, periodista jubilado):

> En el fondo la molestia, la irritación por un gobernante que no sabe gobernar, que en vez de acudir prestamente a sofocar, a acoger las demandas de las multitudes, se va a comer pizza o se va a cumplir una actividad privada, cuando también Santiago está estallando o quemándose por los cuatro costados.

Una situación como esta hizo emerger algunas hipótesis. Una, que no se lograba dimensionar la magnitud de la protesta por parte de las autoridades gubernamentales:

> Todo lo hecho por nuestro querido gobierno –querido de forma sarcástica obviamente– fue penca, o sea, nos dimos cuenta de que no cuentan con ningún plan de acción para ver temas así. (chilena, entrevista a condición de anonimato)

La segunda hipótesis apuntaba derechamente a una incapacidad basal para brindar una respuesta a la altura de las circunstancias, a juicio de Sebastián (estudiante universitario de 23 años, de Constitución, en la Región del Maule):

> Lo que no me esperaba era la alta represión policial y además la ineptitud del gobierno para atender las demandas sociales, en eso pienso que ha sido muy deficiente y que finalmente su desaprobación ha sido reflejo de aquella ineptitud total.

Para otros, en lo que podría ser un tercer camino de explicaciones posibles, la respuesta del Ejecutivo apunta a su imposibilidad vital para responder de mejor manera, habida cuenta de la consideración que plantea la estudiante de técnico en enfermería Javiera (24 años, Conchalí):

> Se veía venir algo así porque el presidente no iba a soltar el poder y tampoco va a ceder, porque a él no le conviene, porque él es dueño de casi todo el país. Entonces, a él no le conviene soltar el poder ni aceptar las demandas que pide la gente, porque sale perdiendo él y toda su familia, y quiere que nosotros nos quedemos callados.

Y si la razón hubiese sido que «no lo vieron venir», estos testimonios lo contraponen con la perspectiva de la ciudadanía:

> No estaba bien, lo que pasaba [antes del 18-O] O sea, las autoridades no lo tenían bien claro, nosotros lo teníamos clarito. (Emilio, 39, maestro en mueblería, Lampa)
>
> Estalló todo lo que venía de tiempo atrás, el tema de los impuestos, el IVA, el agua, la luz, el gas... Va todo incluido y eso estalló […] Sí, se veía venir eso… (Marcos, 42, cesante, Lo Prado)
>
> Estaba en un cumpleaños y las horas siguientes me sumé a la movilización […] Sí, era algo que se veía venir, y a la larga iba a ocurrir, más temprano que tarde. (Muriel, 24, estudiante de pedagogía en educación diferencial, Ñuñoa)

Estallido social (iii): movilización popular. Hacia una activa participación ciudadana

El movimiento iniciado el 18 de octubre de 2019 no solo es relevante por la movilización masiva de personas que consideró, sino porque inauguró una nueva forma de crear políticas y de realizar cambios en el país. Esto, porque tanto los legisladores como el Gobierno comenzaron a adoptar decisiones tomando el pulso a las calles. El Congreso Nacional comenzó a legislar a una velocidad nunca vista tras el retorno a la democracia, y el Ejecutivo, pese a su desconexión social característica (lo que, por cierto, no es patrimonio de la derecha), igualmente puso su atención en la opinión ciudadana.

Ciertamente es muy pronto para afirmar que este modo de hacer política se mantendrá en el tiempo, así como que esta movilización social tendrá resultados exitosos en el largo plazo. Asimismo, es difícil predecir si este estilo de actuación por parte del Gobierno y el Congreso solo se restringirá a los temas que hoy están en la agenda, o bien si se extenderá a otros campos.

La dificultad de teorizar al respecto se debe, en parte, al escaso tiempo transcurrido desde el inicio del estallido social. En este marco, entregar perspectivas de largo alcance distaría de ser un análisis serio, transformándose, más bien, en una suerte de *futurología* infundada.

Por otra parte, el poco desarrollo académico que han tenido los movimientos sociales y su impacto en las políticas públicas (López, 2012) dificulta aún más este proceso.

Pese a lo anterior, procuraremos entregar una perspectiva de análisis con base en las percepciones ciudadanas de testimonios recogidos al poco tiempo de iniciada la movilización social en Chile. Previo a ello, se realizará un breve diagnóstico del contexto político, económico y social que condujo hasta el estallido social, para luego presentar una caracterización de la manifestación ciudadana de octubre. Para finalizar, se entregarán algunas luces de los desafíos que deberán enfrentarse, en especial sobre el proceso constituyente.

¿30 pesos o 30 años?

Diversas son las causas que pueden llevar a comprender por qué el viernes 18 de octubre el país dio un giro tan radical[1]. Desde luego la explicación no está en el aumento de $30 en el costo del transporte público en la capital (si ese hubiese sido el caso, las manifestaciones no se habrían extendido fuera de los límites de la Región Metropolitana). Las causas son de orden sistémico y se remontan a las reformas impuestas durante la dictadura cívico-militar, mantenidas y profundizadas por la administración de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia o Nueva Mayoría y por los gobiernos de Chile Vamos, con Sebastián Piñera a la cabeza.

Algunas de estas reformas fueron la transformación del sistema económico sustitutivo de importaciones hacia uno de signo neoliberal, el cual entre otros cambios de importancia implantó un Plan Laboral que desde fines de los setenta logró desarticular y neutralizar al movimiento sindical chileno como actor relevante[2]. Unido a

[1] En una reciente publicación, Rossana Castiglioni (2020: 11) realiza un sintético y claro análisis de las causas que llevaron al estallido social de fines de 2019. Comenta al respecto que «el estallido social que hoy afecta a Chile se gestó, por tanto, durante décadas. Su irrupción tuvo características volcánicas, en el sentido de que es el resultado de una acumulación de tensiones socioeconómicas y políticas a lo largo del tiempo».

[2] En el artículo «Cooptación del movimiento sindical chileno: el rol de los partidos de centro y de izquierda» (Tabilo, 2018) analizo cómo las reformas al

lo anterior, se modificó el sistema de previsión social pasando a un sistema de pensiones de capitalización individual obligatoria (uno de los temas más controvertidos del momento) al tiempo que se llevaba a cabo la privatización de grandes empresas del Estado.

Todos estos cambios significaron un aumento en los niveles de desigualdad entre la población, no solo en lo relativo a distribución del ingreso –como persistentemente lo muestra el coeficiente de Gini–, sino también en vivencias cotidianas de exclusión social y atropello a la dignidad humana. Y son precisamente esos dos conceptos los que han resonado con mayor fuerza en el transcurso de las manifestaciones: desigualdad y dignidad. Por una parte, la desigualdad, entendida como el estado al que se arriba luego de más de treinta años de profundización del modelo político y económico que dejó la Dictadura. Zapata describe sintéticamente en qué se traduce esta desigualdad como causa directa de la movilización social:

> La desigualdad es resultado de la privatización de la educación básica, media y superior; del endeudamiento generalizado de la población; de la concentración del ingreso; de los escándalos por corrupción[3]; de la insuficiencia de las pensiones. Es resultado también del contraste entre el salario

---

régimen laboral chileno durante la Dictadura Militar, amén de otros factores, permitieron la posterior cooptación de sus cuadros dirigenciales por parte de los partidos Comunista, Socialista y Demócrata Cristiano bajo los gobiernos de la Concertación.

[3] Aunque no es la motivación de este libro ahondar en cada una de las causas que desembocaron en el estallido social de fines de 2019, el tema de la corrupción y el tratamiento preferencial que la justicia ha dado a los imputados y condenados por estos delitos, así como el escaso aprendizaje que generó en la clase política, no deja de ser relevante a la hora de entender el sentimiento de frustración generalizado en la población del país. Por ejemplo, los casos de financiamiento irregular de campañas y partidos políticos, o los grandes esquemas de defraudación al fisco descubiertos al interior del alto mando del Ejército, así como también de la institución de la policía nacional de Carabineros (este punto explica, en parte, por qué en el transcurso de las manifestaciones una de las principales consignas era el acrónimo ACAB, que en inglés significa *All Cops Are Bastards* (Todos los policías son bastardos, en español), cuyo origen se remonta a los años veinte del siglo pasado como parte de la jerga delincuencial británica y que, posteriormente, adquirió popularidad al ser utilizada como el título de una canción punk (Poulter, 2020), no han hecho sino agudizar la percepción de que existe un Chile para ricos y uno para pobres.

> que percibe el promedio de la población y el que reciben los diputados y senadores chilenos, que contempla no solo dietas parlamentarias sino también recursos para el sustento de oficinas distritales, la contratación de asesores, etc. Es resultado, igualmente, de la privatización de las empresas de servicios de utilidad pública… (Zapata, 2020: 5)

Por otro lado, se observa el tema de la dignidad en tanto tópico asociado a consideraciones más bien emocionales, humanas, y no tanto institucionales como podría ser la desigualdad. Desde este ángulo, la dignidad será un elemento vital en el transcurso de las semanas siguientes al 18 de octubre. Esto, debido a que muchos vieron con gran optimismo lo que vendría por delante. Yanira (25 años, profesora de Lenguaje, Iquique) recuerda a este respecto:

> Ver que el país y todos estamos juntos por una misma causa es maravilloso. Ver que por fin todo aquello que nosotros siempre estuvimos en contra ya no lo vemos que tiene que ser así, sino como nosotros nos merecemos y debemos vivir con dignidad. Nunca esperé que esto pasara, pero prefiero mil veces seguir luchando que vivir como lo hacíamos antes.

En paralelo, la población era testigo de las respuestas del Gobierno que no hicieron más que agudizar la crisis. La falta de empatía y la incapacidad de adoptar medidas adecuadas por parte de La Moneda fueron el elemento coyuntural decisivo en el desarrollo inmediato de las manifestaciones. Roberto (29 años, trabajador independiente, La Cisterna) habla de «respuestas nefastas ante las demandas del pueblo».

Lo anterior se agravaría todavía más con las violaciones a los derechos humanos cometidas por personal de Carabineros en contra de manifestantes y transeúntes. Probablemente los sucesos más emblemáticos que dejaron estas manifestaciones fueron los cientos de víctimas de traumas oculares producto del impacto de perdigones que la policía lanzaba sin mediar consecuencias. Tal situación motivó visitas especiales de organismos y ONG internacionales para constatar la veracidad de las denuncias sobre violencia policial desmedida.

Este nuevo escenario de violencia sostenida sorprendió a gran parte de los entrevistados, aun cuando muchos declaraban conocer la indolencia que caracteriza a la clase dirigente. Por ejemplo, Xabier (48 años, ciudadano vasco, diseñador de interiores, Ñuñoa) declaraba:

> Lo que no me esperaba era un toque de queda, lo que no me esperaba era una represión brutal policial, eso es algo que no esperaba vivir (...) para mí eso ha sido un shock.

En definitiva, cada una de esas desafortunadas o premeditadas respuestas del Gobierno enardeció más el ambiente desde la vereda de los manifestantes, algunos de los cuales actuaron con altos niveles de violencia. Y, a su vez, fue esta violencia la justificación de medidas más represivas por parte de las Fuerzas de Orden.

Como elemento final de tipo contextual, no se debe olvidar que por esos días tanto en Cataluña como en Ecuador se vivían situaciones similares. En el primer caso, las movilizaciones se gestaron a raíz de la inminente condena de 9 líderes independentistas por su participación en el referéndum y posterior declaración de independencia de Cataluña el año 2017 (Pichel, 2019); en el segundo, el anuncio del retiro del apoyo estatal de subsidios a los combustibles significó la salida a las calles de la ciudadanía, lo que llevó al presidente Lenín Moreno a trasladar las funciones del palacio de gobierno temporalmente de Quito a Guayaquil (BBC, 2019).

Pero, más allá de los casos de Ecuador y Cataluña, el año 2019 fue particularmente activo en cuanto a movilización social. De esta manera, fueron llamativas las movilizaciones en Hong Kong contra el gobierno chino, en Francia con los «chalecos amarillos», en el Líbano logrando la renuncia de su Primer Ministro Saad Hariri, protestas ambientales de la mano de la sueca Greta Thunberg, entre otras (Bloomberg, 2019). Aunque muy diversos en cuanto a los eventos que las gatillaron, podría decirse que estas y otras manifestaciones buscaron la instauración de cambios estructurales en el modelo económico, político y social en distintos puntos del orbe.

Caracterización del movimiento social

Una de las primeras impresiones sobre el movimiento social de octubre fue lo sorpresivo de su llegada e irrupción. Si bien muchos entrevistados declaran haber sido conscientes de las injusticias y abusos, no creían posible la emergencia de un movimiento de tales características. Karen (39 años, técnico en párvulos, Lampa) afirmaba a este respecto que:

> Igual me sorprendió, yo no pensé que iba a llegar a ser tan grande lo que pasó.

Una impresión similar tiene Luz (46, diseñadora gráfica, Santiago Centro):

> Pensé que el día sábado continuaba la vida normal.

Otros, por el contrario, consideraron que de alguna manera esta eclosión social se venía gestando hace un tiempo con las movilizaciones estudiantiles, de pueblos originarios y colectivos feministas. Y es que Chile ha sido escenario de diversas manifestaciones sociales en las últimas décadas como la revolución pingüina de 2006, la movilización estudiantil de 2011, el movimiento social de Aysén en 2012 o la ola feminista de 2018, por citar algunos casos.

A diferencia de los casos mencionados, el actual proceso de movilización social se caracteriza por la ausencia de un liderazgo definido, sobre todo de aquellos de carácter partidista. Para Alberto (39 años, docente universitario, Coyhaique), se trata de:

> Un movimiento inorgánico, y cuando uno está frente a situaciones donde no hay jefatura finalmente, donde no hay lideresa, la gente va haciendo un poco sobre la marcha y, claro, puede pasar cualquier cosa, de hecho, yo aún creo que puede pasar cualquier cosa.

Para algunos informantes, se trataría de un «movimiento inorgánico», sin jefatura y sin líderes, en donde la gente va actuando sobre la marcha. Puede que en esa ausencia de dirigentes se encuentre la

explicación de por qué se mantuvo vigente la movilización durante tantos meses. No bastaba con negociar con una persona o grupo particular, tampoco habría sido sencillo neutralizarlos.

Es interesante advertir, en este punto, que la falta de un liderazgo claro se vincula a la ausencia de conexión entre este movimiento social y los partidos políticos (tradicionales y no tradicionales, fundamentalmente de centro e izquierda). Ya en el año 2017 Germán Bidegain apuntaba a la autonomización de los movimientos sociales chilenos respecto de los partidos políticos y la incapacidad de rearticular la columna vertebral (Bidegain, 2017)[4] anterior a 1973 que había sido anulada por la dictadura.

Si bien Bidegain se centra en los movimientos estudiantil y mapuche, desde luego la caracterización podría aplicarse para la generalidad de movimientos sociales en Chile. En base a los citados movimientos, dicho autor señala que la autonomización de estos grupos se vio motivada «por el progresivo convencimiento de que no existía, por parte de los partidos políticos tradicionales aliados, un compromiso real de efectuar los cambios demandados por las organizaciones sociales». Al mismo agrega que:

> Como consecuencia, los sectores cercanos a los partidos de centro-izquierda perdieron peso al interior de los movimientos. A la larga, la conducción de los movimientos fue asumida por sectores autónomos, con un discurso muy crítico a la institucionalidad y a los partidos políticos insertos en ella. (Bidegain, 2017: 211)

Sobre este distanciamiento de los partidos, y en específico para el caso del estallido social de 2019, Somma *et al.* (2020) mencionan que una de las instituciones más amenazadas con este estallido han sido los partidos políticos. Esto no solo se hace tangible en la ausencia de líderes que militen en estas colectividades, sino que también en elementos de corte simbólico. Por ejemplo, en cada concentración o marcha se podían visualizar cientos de banderas chilenas y mapuches, pero no así de partidos políticos.

4 Término utilizado por Garretón (1983) y que recoge Bidegain.

Lo señalado se explicaría, en fin, por el desprestigio que las organizaciones partidistas han sufrido en los últimos años, ya sea por diversos escándalos de corrupción en los que sus dirigentes han estado involucrados, o por la incapacidad de ser un ente canalizador de las demandas sociales hacia los organismos de poder. La creciente desafección política, por su parte, ha permitido explorar nuevas instancias de participación política de mayor eficacia más allá de las estructuras de un partido, como es el caso de las protestas.

Continuando con esta caracterización, otro de los elementos que distinguen al movimiento del estallido social es que fue articulado en sus inicios por jóvenes. Lo anterior da cuenta de que se está frente a un movimiento de origen generacional que luego se extendió al resto de la ciudadanía. De ahí se explica, por ejemplo, que la manera en que se convocó a la población a sumarse a las evasiones masivas del pago de la tarifa del Metro de Santiago fuese a través de redes sociales[5], las que se vinculan más estrechamente a los jóvenes.

En este orden de ideas, y derribando algunos mitos que se tejen en torno a las nuevas generaciones, Johana, una de las entrevistadas, señala:

> Para mí (y lo vengo pensando mucho) es que es un orgullo que una generación que nosotros tanto hemos subvalorado, que siempre está metida en el celular, que nunca hacen nada, los nini les dicen por ahí, sean quienes hayan llamado a la revolución (…) esto no empezó solo el viernes, sino que las evasiones masivas estuvieron llamadas durante la semana, y esos fueron estudiantes, fueron niños secundarios (…) es importante cómo solo ese acto dio paso para que toda la ciudadanía se empezara a manifestar por lo que realmente nos preocupa y que son temas que nos convergen a la gran mayoría de los chilenos, que somos los que tenemos situaciones de exclusión y pobreza. (Johana, 26 años, trabajadora social, Santiago Centro)

[5] Respecto al uso de redes sociales, es interesante advertir que gran parte de los entrevistados relató que se fueron informando de los distintos acontecimientos a través de dicho canal por la inmediatez que permite, pero también por la desconfianza hacia los medios de comunicación tradicionales.

Este movimiento que inició un grupo específico de la población surge, como se recordará, por una situación muy concreta: el alza en la tarifa del Metro de Santiago. En este marco, cabe preguntarse: ¿cómo logra la manifestación contra una medida local influir en todo un país? Parece ser que una coyuntura crítica fue necesaria para evidenciar –y para verbalizar– un sentimiento común de cansancio contra los abusos y la desigualdad. De este modo lo ilustra Vivianne (61 años, académica, Concepción):

> Yo creo que la gente ya está enojada, ya no quiere más con los abusos, hasta en lugares tan pequeños como este[6] ya está chata y yo creo que esto se abrió y no se va a cerrar tan fácil.

Por su parte, Daniela (33 años, trabajadora social, Huechuraba) sostiene que en cada una de las demandas que se han puesto sobre la mesa a partir del estallido social existiría:

> ...un hilo común de transformación social, de justicia y también de rechazar en el fondo el modelo neoliberal y las formas de relacionamiento social, político, cultural y económico que hemos tenido hasta ahora.

Respecto al tipo de protesta[7] que se consideraba en esta movilización, las opiniones de los entrevistados fueron disímiles entre sí. Mientras algunos consideraron que la única manera de lograr ser escuchados era por medio de actos violentos que llamaran la atención de las autoridades, otros cuestionaban ese modo de expresión.

---

6 En el momento de la entrevista se encontraba en Coyhaique, donde también presenció manifestaciones.

7 Según Somma *et al.* (2020), las formas de protesta del estallido social varían entre actuaciones pacíficas y violentas, incluso algunas de tipo delictivas. En el primer grupo se encuentran las marchas masivas, concentraciones, cabildos ciudadanos, manifestaciones musicales, etc. A decir de las actuaciones violentas, se observan los ataques a las estaciones del Metro de Santiago, enfrentamientos entre civiles y fuerzas policiales y saqueos de supermercados y tiendas. Se debe agregar un hecho que, aunque no fue violento en su forma, resultó ser muy complejo. Es el caso del sabotaje a la Prueba de Selección Universitaria que provocó que un número importante de los jóvenes inscritos para rendir el examen no pudiera hacerlo.

En el primer grupo de ideas se encuentra el testimonio de Paula (46 años, trabajadora en el sector de ventas, España), quien afirma que

> entendía que se había hecho bastante daño al metro, que eso sería una molestia para muchos, pero me parecía que esto llamaba muchísimo más la atención que una manifestación pacífica… [si] no hay demostración contundente de malestar, creo que no se hace caso.

En igual sentido se refiere Matías (29 años, kinesiólogo, El Bosque), para quien la violencia no está en las manifestaciones ciudadanas, sino que está en las injusticias que viven a diario los chilenos:

> Si tú no tienes lucas te morís y a mí me ha pasado y he visto cómo pasa y es cosa de verlo, las estadísticas de toda la gente que muere al año por no tener atención. Tengo pacientes que esperan años especialistas.

En el otro grupo de opiniones están quienes rechazan la violencia detrás de las manifestaciones, aun cuando estén de acuerdo con las reivindicaciones que le subyacen. Un ejemplo de esto lo entrega Mónica (comerciante, 52 años, Copiapó), quien afirma estar

> de acuerdo de las manifestaciones, que reclamen los derechos porque tantos años han pasado y no hay solución. Y los destrozos no estoy de acuerdo, los saqueos tampoco, porque son cosas que han costado años que estén.

Un último grupo de características intermedias entre las posturas ya señaladas representa a aquellos que, sin validar la violencia como forma de protesta, no son tan enfáticos en condenarla, centrando sus argumentos en la necesidad de realizar transformaciones al modelo y a la sociedad chilena.

De cualquier modo, y más allá de la forma en que deben protestar los ciudadanos, se observa cierto consenso respecto a la necesidad de manifestarse. Incluso los chilenos que viven en el extranjero relatan que de alguna u otra manera intentaron hacerse parte de la movilización. Ya fuera siguiendo las novedades a través de las redes

sociales, o como Francisca, profesora universitaria de 38 años, quien desde París cuenta su experiencia:

> Finalmente también aquí se hizo mucho [...] se crearon asambleas, se hizo difusión, se hizo *Un violador en tu camino*[8] [...] tratábamos en el fondo desde lejos conectarnos con una especie de cordón umbilical mediático.

En igual sentido se refiere María Soledad (35 años, estudiante de doctorado, residente en Estados Unidos) al relatar que:

> Rápidamente se organizó un grupo de chilenos que se sumó a las protestas (…) y ahí se formó como un grupo, un núcleo de chilenos que, no sé po, nos juntábamos a hacer protesta, nos juntábamos a reflexionar, hicimos un par de peñas folklóricas para mandar plata para la gente de primeros auxilios en las marchas… Y, a veces, la sensación, aunque yo en los años ochenta era chica (yo nací recién el año 85, así que no me acuerdo de mucho), pero como en las películas y las cosas que cuentan yo me sentía como en una peña de los años ochenta, así, como que de repente habíamos retrocedido en el tiempo a ese mundo, al mundo de la protesta popular, y como que habíamos recuperado ese lenguaje que siempre estuvo ahí y que era parte de nuestra cultura, pero que no la habíamos usado desde fines de los años ochenta, como que habíamos despertado esta gran gran causa noventera y claro está [...] pausa social o silencio creciente y sí conversar, conversar mucho, creo que ha sido un tiempo de muchas conversaciones sobre cómo está Chile, pa' dónde va y después qué más...

Muchos de estos chilenos residentes en diversas partes del mundo comentaron la impotencia y nostalgia que sintieron de no poder estar en las calles del país manifestándose, lo que se agudizaba al

---

8 *Un violador en tu camino* (2020) es la performance que creó el colectivo feminista LasTesis en Chile y que, de manera muy clara y precisa, evidencia las formas en que el Estado, la policía (Carabineros de Chile) y los tribunales de justicia violentan a las mujeres. Es tal el impacto que ha generado esta representación que ya se ha replicado en diversos idiomas y países de todo el mundo. La aparición de este grupo, además de generar un gran impacto comunicacional, también vino a dar un segundo aire a las manifestaciones que tendieron a reducir el número de participantes luego del anuncio de la eventual creación de una nueva Constitución el 15 de noviembre.

comparar su vida –considerada en algunos casos como privilegiada– con respecto a la de quienes viven en Chile. Úrsula (35 años, profesora y emprendedora, España), declara que en esos días tenía una mezcla de sentimientos encontrados:

> Alegría, tristeza, miedo, por mi familia y también es una cosa muy rara de yo no estoy ahí, no, no me tocó a mí, estar en ese despertar social, ser como un agente activo de ese despertar, es extraño, pero son muchas emociones juntas en [...] eso, ser testigo muy lejano de eso es muy extraño, o sea, es como verlo y no poder participar, es una sensación súper extraña [...] ahí mismo viene la tristeza, oye no estoy ahí, no puedo hacer nada.

De lo anterior se concluye que este movimiento impactó por igual a chilenos y extranjeros, residentes en el país o en el exterior. En su mayoría se sorprendieron con los diversos acontecimientos que trajo el inicio del estallido social: la quema de las estaciones de Metro, la Alameda cortada, la adhesión del resto del país a una movilización de origen local (por el alza en la tarifa del pasaje del Metro) y la magnitud de las manifestaciones son sensaciones que se repiten entre los informantes. Pero, también, la intención de hacerse parte de una u otra forma de las diversas dinámicas de participación y movilización social.

Perspectivas futuras: nunca más sin nosotros/as/es

Según Somma *et al.* (2020), una de las consecuencias del estallido social que debe tenerse en consideración es el efecto que esta movilización tendrá en el largo plazo en el sistema de partidos políticos y en la manera en que hoy en día se concibe la democracia en Chile. Lo anterior se explicaría, a juicio de los autores, en que fueron estas colectividades partidistas las más cuestionadas por los manifestantes. Esto los obligaría a ser cautelosos, pero también les ha significado flexibilizar su agenda para responder a los requerimientos de la gente en las calles. Pero, pese a esa flexibilización, «la capacidad de

los partidos políticos para conectarse y establecer vínculos con la sociedad civil movilizada es bastante limitada» (p. 6).

Sin embargo, aunque es de suma importancia el efecto que tendrán en los partidos y en la democracia estas manifestaciones sociales, para las personas de a pie, que se sienten muy distantes de la actividad política partidista, su foco de atención está puesto en aquellas situaciones que a diario les afectan. Así, las opiniones de los informantes en general confluyen en la necesidad de transformar el sistema actual, algunos con más optimismo y otros con más temor e incertidumbre respecto a lo que vendrá. Desde esa ambivalencia, María Soledad (35, estudiante de doctorado, residente en Estados Unidos) recalca:

> Todo ese periodo de octubre, diciembre, en el fondo hasta que empezó el coronavirus, era como, por un lado, la esperanza de ver a la gente desde lejos, de ver a la gente movilizarse, de ver a las personas en Chile por fin reclamar a lo que son sus derechos. Y, por otro lado, bueno, más aún con el tema de la nueva Constitución… y, por otro lado, el miedo de así como ya hasta dónde podemos estirar el chicle, hasta dónde pueden seguir estas manifestaciones, hasta dónde como que podemos seguir empujando para democratizar más el país sin generar una respuesta violenta del otro lado, el miedo a la violencia, el miedo a la represión, el miedo a que se repita la historia en Chile. Por lo menos pa' mí ha sido un miedo que está muy presente, el miedo a una posible dictadura militar.

Dicha confluencia también se observa en que las respuestas del Gobierno han sido, a decir de los entrevistados, insatisfactorias, lo que sustentaría la necesidad de continuar manifestándose. En esta línea Camilo (23 años, vendedor ambulante, Peñalolén) declara que el escenario futuro se vislumbra como:

> Un nuevo cambio que podría darse, pero no gracias a la sociedad política sino gracias a la sociedad civil, a la gente que está en la calle, a la gente de las poblaciones.

De ahí que, si los cambios no deben ser concebidos sin la participación de la gente, deben reflejarse también en una forma de

vincular a la ciudadanía con el poder político. Por eso Giselle (46 años, antropóloga y asesora pastoral de una universidad, La Granja) declara que:

> Sentía que después de 30 años que estuviera explotando esto las cosas iban a cambiar definitivamente, me imaginaba que era una nueva manera de relacionarse con las autoridades, con las instituciones.

Respecto de estas perspectivas futuras, merece una especial dedicación el proceso constituyente que se iniciará de manera más concreta a partir del plebiscito del 25 de octubre de 2020. Quizás muchos piensan que el momento cúlmine de la movilización se dio el 15 de noviembre, cuando la clase dirigente acordó plebiscitar la creación de una nueva Carta Magna para el país nacida en democracia. Pero ello ameritaría una reflexión más sustancial que pueda, al menos tentativamente, encontrar los puntos de comunión existentes entre la sociedad civil y una desgastada clase política.

Reflexiones Finales

De 18 a 18: estallido social, pandemia y nueva constitución en 365 días y una semana

El 18-O de 2020

Era mediodía en Santiago de Chile y en Plaza Dignidad ya se había reunido una gran cantidad de personas. Era un domingo soleado de primavera. El pronóstico del tiempo anunciaba 25º.

Hace casi un año que la Galería CIMA transmitía vía internet la imagen y sonidos de este punto neurálgico de la ciudad, sin pausa. Una voz en off anunciaba el inicio de las transmisiones en un día histórico. La primera canción que sonaba sería *El baile de los que sobran*, de Los Prisioneros, verdadero emblema de esta revuelta. Su letra, como se sabe, condensa buena parte de las desesperanzas de aquellos grises años de la dictadura, algunas de las cuales –tristemente– siguen vigentes. Ayer y hoy son muchos los que siguen sobrando en esta arquitectura societal neoliberalizada hasta los huesos.

El general Baquedano y su caballo –mudos testigos del estallido– han vuelto a teñirse de rojo para representar la sangre que se ha

derramado en el último tiempo. Se debe recordar que el día 17 por la tarde, en un vano intento de limpieza social y simbólica, personal del Gobierno Regional volvió a cubrir con sus colores originales esta estatua, que por la mañana había sido cubierta por completo de bermellón.

Por el centro de la ciudad de Santiago se escuchaban helicópteros cruzando el cielo, atentos y siempre amenazantes. También se observaron drones que iluminaban e intentaban captar las caras de quienes circulan por el sector aledaño a la denominada «zona cero».

Ahora el *outfit* de los manifestantes incluye mascarillas, debido a la pandemia. Igualmente sirven para esquivar una parte del olor a las lacrimógenas que exuda el suelo, tras la represión del sábado 17 de octubre, en víspera de este nuevo 18.

En las primeras horas del día en que se conmemoraba el primer aniversario del estallido, todo se fue desarrollando en un ambiente muy familiar. Los asistentes llegaron desde las 10 de la mañana a ocupar este enclave simbólico de la Región Metropolitana. En horas de la tarde, Carabineros actuó con carros lanza aguas y bombas lacrimógenas, según señala la prensa, frente al ataque a la iglesia de la institución que se encuentra a pasos de Plaza Dignidad.

Conforme pasaban las horas, se sumaron más y más personas. Las estimaciones oficiales hablaban de 25.000, lo que hace suponer una cifra todavía mayor. También se reunieron manifestantes en otras regiones. Pese a las restricciones que ha impuesto la pandemia –o quizás a causa de ello– se reflejaba un anhelo de (re)encontrarse y conmemorar este primer año de una movilización que había desbordado los márgenes de la política. No se habla de celebración propiamente tal, sino de una rememoración del minuto cero de la explosión, que permitió volcar en las calles y poner en común experiencias, pensamientos y sentimientos de abusos largamente padecidos y en estado de latencia.

La palabra celebración parece impropia, porque el cerco de lo posible se ha movido en buena medida a costa de mucha sangre derramada. La estela de detenidos, torturados, mutilados oculares,

entre otros, es enorme. Según cifras del Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH):

- Al 30 de noviembre de 2019 se habían registrado 347 heridas oculares, que incluyen: estallidos del globo ocular, pérdida de visión y traumas oculares[1].

A marzo de 2020 se registraban las siguientes estadísticas[2]:

- 4.075 hechos vulneratorios relatados por las víctimas catastradas en las acciones judiciales del INDH. Estos hechos incluyen actos como: golpizas, disparos, gaseado, amenazas de muerte, desnudamientos, atropellos, asfixia, negación de atención médica, quemaduras, descargas eléctricas, ataques con animales, entre otros.
- 2.520 querellas presentadas por violaciones a derechos humanos. Incluyen actos como: apremios ilegítimos, homicidios, torturas, disparos injustificados, entre otros.
- 3.023 víctimas de violaciones a derechos humanos, de las cuales 472 corresponden a niños, niñas y adolescentes.

Si por algún momento se pensó que estos hechos de violencia estatal, encarnada principalmente en el cuerpo de Carabineros, solo se circunscribirían a los primeros meses de movilización social, habría que indicar algunos datos que nos arrojan una perspectiva diferente. El 2 de octubre de 2020 un adolescente de 16 años fue arrojado por un carabinero de Fuerzas Especiales al río Mapocho desde el puente Pío Nono en una jornada de manifestaciones. Pocos días después se conoció la noticia de un supuesto enfrentamiento entre Carabineros y manifestantes en la población La Victoria que se saldó con la muerte de un joven.

El 18 de octubre, las portadas de los principales diarios de circulación nacional llevaban en portada la conmemoración del primer

---

1 Recuperado de https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstream/handle/123456789/1701/Informe%20Final-2019.pdf?sequence=1&isAllowed=y.

2 Recuperado de https://mapaviolacionesddhh.indh.cl/public/estadisticas.

año del estallido social. *La Tercera* titulaba «18-O Las huellas del estallido», mientras que *El Mercurio* apostó por volver la mirada a las horas iniciales del estallido: «Reconstruyendo el 18-O, el día que marcó a Chile». *Las Últimas Noticias*, como se podrá imaginar, no incluyó ninguna referencia de este histórico momento.

Más allá de las fronteras de la Región Metropolitana se repitió el patrón del inicio del estallido, esto es, que las manifestaciones se realizaron un día después que en la capital. Así lo consiga el diario electrónico *El Desconcierto*, en una crónica titulada «Conmemoración 18-O en regiones: Así se vivió el aniversario del estallido social en distintas ciudades del país», en la cual se lee:

> Este 19 de octubre, se conmemoró en las regiones del país el estallido social que comenzó en Santiago el 18 de octubre de 2019, manifestaciones que posteriormente se ampliaron a gran parte del territorio nacional. He ahí la diferencia de tiempo con las protestas que se produjeron durante la jornada de este domingo en la capital. Ciudades capitales como Valparaíso, Concepción, Coquimbo, Valdivia, Iquique y Antofagasta, y también otras urbes como Viña del Mar y La Serena, vieron sus calles repletas de manifestantes este lunes, cuando queda menos de una semana para el Plebiscito constitucional del 25 de octubre.

El relato va acompañado de fotos y videos desde las mencionadas ciudades. También se hace referencia a la represión policial:

> Como ocurrió también en Santiago durante la jornada de conmemoración del estallido social este domingo, las manifestaciones fueron violentamente reprimidas por personal de Carabineros, con denuncias de detención de reporteros gráficos en Concepción, aprehensiones de menores de edad, arrestos violentos y abusivos, y otras acusaciones que quedaron en las redes, acompañadas de sus correspondientes registros en algunos casos.[3]

[3] Recuperado de https://www.eldesconcierto.cl/2020/10/19/conmemoracion-18-o-en-regiones-aniversario-estallido-social/.

La protesta social confinada: estallido social y pandemia

La llegada a Chile del virus SARS-CoV-2 resultó ser una especie de pausa forzada para la movilización masiva de personas producto de las medidas de confinamiento. Este paréntesis permitió evidenciar una vez más las desigualdades e injusticias sociales que motivaron la revuelta social de octubre del año 2019. Respecto de la pandemia misma, las situaciones de desigualdad y pobreza mostraron, una vez más, que quienes tenían los recursos suficientes podían acceder a una atención de salud de buena calidad, mientras que aquellos que dependían del sistema público corrieron una suerte distinta. Muchas de las víctimas debieron esperar semanas el resultado de los exámenes que determinaban si estaban o no contagiadas para luego lograr ser atendidas por un equipo médico, tiempo en el que pudieron contagiar exponencialmente a quienes les rodeaban.

Algunas de estas expresiones de desigualdad fueron evidenciadas por el centro de estudios Espacio Público en una reciente publicación en que se señala que:

> Existe consenso en que la pandemia ha tenido un impacto mayor sobre sectores vulnerables, aunque hay visiones diversas sobre las formas en que se manifiesta este mayor impacto. Es evidente que hay más contagios en comunas pobres […] También es evidente que la tasa de mortalidad (decesos como fracción de la población) ha sido mayor en comunas más pobres. El hacinamiento ha sido mencionado en varios estudios como un factor relevante para el mayor impacto del virus en territorios vulnerables […] La letalidad promedio en las seis comunas con más hacinamiento es del 3,40 por ciento comparado con 1,81 por ciento en las seis comunas con menos hacinamiento. Es decir, la letalidad es un 88 por ciento mayor en las seis comunas con más hacinamiento[4].

---

[4] El detalle de las cifras se encuentra en el siguiente enlace: https://www.espaciopublico.cl/wp-content/uploads/2020/10/CovidChile_1510.pdf.

Estas inquietantes brechas que se evidenciaron con la pandemia no se agotan solamente en el aspecto médico. La situación sanitaria y las consecuentes medidas de confinamiento hicieron que todas las áreas productivas no esenciales paralizaran sus operaciones o bien que se continuara con las labores desempeñadas desde la comodidad de las casas. Sin embargo, se debe precisar que no todos los trabajos pueden desempeñarse por la vía del teletrabajo. De esta manera, muchas de las personas que vieron imposibilitado el desarrollo de sus funciones habituales y, por ende, su despido, disminución de renta o suspensión del contrato de trabajo debieron buscar otra alternativa para obtener los recursos económicos necesarios para subsistir. Esas alternativas se encontraban en las calles, en el reparto de bienes y alimentos, en las aplicaciones de transporte privado, entre otras actividades. Con todo, ellas significaban en la práctica aumentar las posibilidades de contraer el virus.

En ese contexto surgieron las ollas comunes en tanto mecanismos de apoyo social autogestionadas por la población, en donde se preparaban comidas que se repartían entre distintos segmentos sociales. Todo esto demostraba, en buena medida, que los tiempos y repertorios de acción de la sociedad civil son esencialmente distintos a los del Estado y las clases dirigentes. El gobierno solo comenzaría a implementar algunas medidas de manera reactiva luego de que la gente en las poblaciones saliera a las calles a manifestarse contra el hambre y la falta de apoyo estatal. Cabría precisar, en todo caso, que el Congreso Nacional mostraría mayor sensibilidad frente a este complejo contexto al aprobar una medida que permitía a los cotizantes del sistema de AFP retirar el 10% de sus ahorros previsionales. De este modo, las familias podrían hacer frente de mejor manera a la pandemia y sus consecuencias económicas.

Pese a los terribles efectos de la pandemia, el espíritu de lucha se mantuvo vigente más allá de las diversas dificultades sanitarias, sociales y económicas reseñadas más arriba. Inclusive se podría advertir que los escenarios provocados por la Covid-19 reafirmaron la necesidad de generar un cambio estructural al modelo chileno.

Una pandemia que en definitiva terminó por desnudar las aparentes fortalezas del modelo neoliberal.

Resonancias del estallido: la nueva Constitución

Un último tópico para destacar es la eventual redacción de una nueva Constitución en el país, a propósito de los resultados arrojados por el plebiscito del día 25 de octubre. Como se señaló, este tema no fue mayormente abordado por los entrevistados, ya que gran parte de los testimonios se recogieron entre octubre y noviembre de 2019. A pesar de eso, algunos de los informantes mencionaron espontáneamente críticas al sistema creado a partir de la Carta Fundamental.

Es así como surgen opiniones como la de Camilo (23 años, vendedor ambulante, Peñalolén), quien ve la Constitución como un cuerpo normativo que «vulnera los derechos humanos». En igual sentido crítico se expresa Carmen (74 años, asistente social, Vitacura), para quien la Ley Suprema encarna la «herencia pinochetista», cuyos privilegios la derecha no quería (ni quiere) perder.

Más allá de las consideraciones que puedan hacerse, la posibilidad de redactar un nuevo texto constitucional es ciertamente un paso importante y que, además, dibuja un sentido de trascendencia en torno a cuestiones sociales, políticas y económicas largamente desatendidas por la clase dirigente. Esto último, en efecto, tendría un significativo sentido para aquellos grupos especialmente vulnerables que no encuentran en la actual Constitución un espacio de reconocimiento a sus derechos y garantías fundamentales.

No obstante lo anterior, cabría precisar que una nueva Constitución Política no será el elemento que termine definitivamente con la desigualdad, la falta de oportunidades, ni que haga de la dignidad una costumbre. Se trata de un paso importante, pero debe ser asido con precaución. Recordemos que en otras latitudes, textos constitucionales que emergieron en situaciones de crisis también juraron ser un punto de inflexión respecto a problemáticas acucientes por las que atravesaba la ciudadanía y el país en general, pero en la

práctica, las inequidades y abusos continuaron su curso ascendente o sencillamente no han podido ser eliminadas[5].

Por lo tanto, el cambio constitucional no puede concebirse de manera aislada, sino que debe necesariamente estar acompañado de reformas estructurales al sistema político, económico y social que permitan darle vida a los preceptos que consagre la Carta Magna. De lo contrario este cuerpo se reduciría a una mera declaración de principios.

A pesar de las prevenciones hechas, no deja de ser importante el paso que se dará de escribirse una nueva Constitución. Lo interesante aquí es la oportunidad de instaurar una nueva forma de hacer política en Chile, donde la participación y la opinión ciudadana no solo se reduzca a la elección periódica de representantes. Se deben establecer, en este sentido, nuevas instancias en que se pueda discutir el país que se desea construir para las próximas décadas. Así, la instauración de un modelo inclusivo para la elaboración de políticas y planes puede ser una buena opción para enfrentar los altos índices de desconfianza hacia las instituciones públicas, contribuyendo al fortalecimiento de la democracia. Esa inclusión debe ir acompañada de una mayor transparencia de las distintas etapas de los procesos de toma de decisiones.

Desde este ángulo, es necesario recalcar lo importante que se ha vuelto la participación ciudadana, no solo para la clase dirigente, sino también para los propios ciudadanos, en tanto estos han tomado conciencia de la relevancia de su participación activa. Fue en este

---

5 Tal es el caso de la Federación Rusa, país donde se crea una nueva Carta Política en 1993 luego de la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). En este nuevo cuerpo se establece expresamente en su artículo 1 que «La Federación Rusa - Rusia es un Estado democrático federal de derecho regido por un sistema de gobierno republicano». Añade en el artículo 2 que «El individuo, sus derechos y libertades deben considerarse en valor supremo. El reconocimiento, monitoreo y protección de los derechos humanos, civiles y libertades deben ser obligaciones del Estado». Pese a la declaración transcrita, la realidad rusa no es tan idílica como estos preceptos. En los hechos, son comunes los actos de violencia estatal del tipo étnica, religiosa y política, así como también diversos actos en contra de minorías sexuales. A esto se suman controles en el uso de internet y diversos atentados a la libre expresión (Vargas, 2018).

contexto del estallido social que la Constitución Política se transformó en uno de los libros de no ficción más vendidos, volviéndose recurrentes los carteles fuera de las librerías que informaban que la Ley Fundamental se encontraba agotada.

A lo anterior debe sumarse la realización de cabildos ciudadanos al poco tiempo de iniciadas las movilizaciones del 18 de octubre. Dichos cabildos fueron instancias convocadas por los propios ciudadanos en sus lugares de trabajo, estudios e inclusive dentro de algunos clubes deportivos. A este respecto, Julián (35 años, profesor de nacionalidad colombiana, Temuco) recalca que estas instancias son las que posibilitan «la construcción de procesos democráticos».

Al momento de teorizar sobre lo que sucederá en los meses siguientes (esto es, cuántas o cuáles demandas de las planteadas durante la movilización social efectivamente han sido consideradas), se debe tener en cuenta que la pandemia del coronavirus ha generado otras nuevas necesidades que deberán ser atendidas, en algunos casos, con mayor premura. De igual forma, podría indicarse que esta misma situación sanitaria haya provocado en la población y en las autoridades la necesidad de prestar atención a otros requerimientos. O quizás pudo reafirmar la importancia de realizar las transformaciones que requieren el sistema de salud, de pensiones, entre otros, que la pandemia dejó al descubierto una vez más. Con todo, parece existir cierto consenso en orden a que, como lo afirma Soledad (43 años, enfermera, residente en Canadá), «a pesar del paréntesis obligatorio que ha tenido este proceso social producto del covid-19, estoy convencida de que hay estallido para rato».

Post data: El resultado del plebiscito del 25 de octubre de 2020

En unos minutos termina el domingo 25 de octubre de 2020, cuando se cumple un año exacto desde «la marcha más grande de Chile», que reunió a más de un millón de personas a lo largo del país, quienes clamaban por un cambio radical. Ha sido un día histórico en que la mayoría de la ciudadanía (78,2%) decidió aprobar la idea de escribir una nueva Carta Magna, que será redactada por

una Convención Constitucional conformada por igual número de hombres y mujeres electos de entre la ciudadanía.

Ha sido un triunfo inapelable. Desde hoy comienza a desvanecerse la Constitución Política de 1980, esa elaborada entre gallos y media noche, con actas secretas (las del Consejo de Estado), que fundamentalmente fue escrita por hombres y que fue impuesta a punta de fusiles, sin registros electorales, sin vocales de mesa sorteados, sin apoderados de las distintas opciones, sin conteo público.

Durante el día algunas gotas cayeron desde el cielo, como lágrimas de emoción, pues cambiar la Ley Fundamental implica dejar atrás no solo un texto, sino también ayudar a cerrar –en parte– uno de los capítulos más tristes de la historia del país.

Bibliografía

Araujo, K. (2009). *Habitar lo social. Usos y abusos de la vida cotidiana en el Chile actual*. Santiago: LOM ediciones.

Araujo, K. (2019). *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile*. Santiago: LOM.

Aurell, J. (2008). *Tendencias historiográficas del siglo xx*. Santiago: Globo Editores.

Barrientos, M. (2019). El Metro (pp. 115-141). En K. Araujo (coord.), *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile*. Santiago: LOM.

Bidegain, G. (2017). Cada vez más lejos: la autonomización partidaria de los movimientos sociales en Chile (1990-2014). En J. P. Luna y R. Mardones (eds.), *La columna vertebral fracturada. Revisitando intermediarios políticos en Chile* (pp. 201-228). Santiago: RIL Editores.

Bravo, V. (2017). *Piedras, barricadas y cacerolas. Las jornadas nacionales de protesta. Chile, 1983-1986*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Castiglioni, R. (2019). ¿El ocaso del «modelo chileno»? *Nueva Sociedad*, *284*: 4-14. Recuperado de https://nuso.org/media/articles/downloads/COY1_Castiglioni_284.pdf.

Centro Nacional de Estudios Migratorios (CENEM) (2020). Inmigrantes y el conflicto social en Chile. Talca: Universidad de Talca. Recuperado de https://www.utalca.cl/content/uploads/2020/01/Inmigrantes-y-el-conflicto-social-en-Chile.pdf.

Constitución Política de la Federación Rusa [Const.]. Arts. 1 y 2. 1993 (Rusia).

Crisis en Ecuador: las razones de las masivas protestas contra el gobierno de Lenín Moreno (8 de octubre de 2019). *BBC News Mundo*. Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-49977367.

De Francia a Chile: ¿Qué tienen en común las protestas sociales de todo el mundo? (31 de octubre de 2019). *Bloomberg/Emol,* editado por Ramón Jara. Recuperado de https://www.emol.com/noticias/Internacional/2019/10/31/965880/Que-tienen-en-comun-protestas.html.

Della Porta, D. y Diani, M. (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Editorial Universidad Complutense.

Espacio Público (2020). Informe sobre la evolución de la epidemia de covid-19 en Chile. Eduardo Engel, Camila Gómez, Catalina Gómez Diego Pardow y Pablo Simonetti (15 de octubre de 2020). Recuperado de https://www.espaciopublico.cl/wp-content/uploads/2020/10/CovidChile_1510.pdf.

Garcés, M. (2012). *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*. Santiago: LOM.

Garcés, M. (2020). *Estallido social y nueva Constitución para Chile*. Santiago: LOM.

Goicovic, I. (2016). *Trabajadores al poder. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el proyecto revolucionario en Chile 1965-1994*. Concepción: Escaparate.

Goicovic, I. (2020). Condenar la violencia sin tratar de explicarla en relación con problemas estructurales es de una miopía absoluta. Recuperado de https://radio.uchile.cl/2020/10/17/igor-goicovic-condenar-la-violencia-sin-tratar-de-explicarla-en-relacion-a-problemas-estructurales-es-de-una-miopia-politica-absoluta/.

Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Barcelona: Crítica.

Honneth, A. (2009). *Crítica del agravio moral*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma Metropolitana.

Honneth, A. (2011). *La sociedad del desprecio*. Madrid: Trotta.

Honneth, A. (2014). *El derecho de la libertad*. Buenos Aires: Katz.

López Leyva, M. A. (2012). Los movimientos sociales y su influencia en el ciclo de las políticas públicas. *Región y Sociedad, 24*(55): 159-197. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-39252012000300005.

Martuccelli, D. (2019). El largo octubre chileno. Bitácora sociológica (pp. 369-476). En K. Araujo (ed.), *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago: Universidad de Santiago.

Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México D. F.: El Colegio de México.

Morales, P. (2017). *Reconocimiento y menosprecio en Axel Honneth. Un marco interpretativo para comprender e intervenir lo social*. Buenos Aires: Espacio.

Pichel, M. (2019). Protestas en Cataluña: qué se sabe de Tsunami Democràtic, el misterioso movimiento detrás de las masivas manifestaciones. *BBC*. Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-50074942.

Poulter, J. (2020). How 'ACAB' Became the Universal Anti-Police Slogan. *Vice*. Recuperado de https://www.vice.com/en_au/article/akzv48/acab-all-cops-are-bastards-origin-story-protest.

Ramis, A. (2019). Cuatro relatos sobre la crisis. *Le Monde Diplomatique*.

Rivas, M. (1997). *¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973?* Santiago: LOM.

Rolle, C. (2003). La «no historia» de un año crucial (pp. 9-30). En C. Rolle (coord..), *1973. La vida cotidiana de un año crucial*. Chile: Planeta.

Somma, N., Bargsted, M., Disi Pavlic, R.y Medel, R. M. (2020). No water in the oasis: the Chilean Spring of 2019-2020. *Social Movement Studies*: 1-8. Recuperado de https://doi.org/10.1080/14742837.2020.1727737.

Stern, S. (2013). *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. Santiago: UDP.

Tabilo, T. (2018). Cooptación del movimiento sindical chileno: el rol de los partidos de centro y de izquierda. En M. Alcántara, M. García Montero y F. Sánchez López (coords.), *Movimientos Sociales. Memoria del 56º Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 272-288). Ediciones Universidad de Salamanca. Recuperado de https://eusal.es/index.php/eusal/catalog/view/978-84-9012-930-2/4785/2560-1.

Un violador en tu camino (2019). *Portafolio*. Recuperado de https://search-proquest-com.pucdechile.idm.oclc.org/docview/2331063755/citation/AC456C4068EA4A9EPQ/1?accountid=16788.

Vargas, A. (2018). Situación de los derechos en Rusia. Asesoría técnica parlamentaria. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Recuperado de https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/25246/1/Situacion_DDHH_Rusia_REV.pdf.

Zapata, F. (2020). ¡Chile despertó! *Otros Diálogos, 10*: 1-7. Recuperado de http://ezproxy.puc.cl/docview/2424687904?accountid=16788.

Fuentes periódicas:

La Tercera 18 de octubre 2019
El Mercurio 18 de octubre 2019
El Mercurio 18 de octubre 2020
Le Monde Diplomatique noviembre 2019

Medios electrónicos

El Desconcierto
Cooperativa

Anexo

Ficha técnica de la investigación

En relación con la investigación que da origen a este libro, cabe precisar que los testimonios recolectados en Chile fueron recogidos entre el 18 de octubre de 2019 y la tercera semana de noviembre del mismo año.

El total de entrevistados en Chile, todos mayores de edad, fue de 73 personas, de las cuales 41 se identificaban con el sexo femenino y 32 con el masculino. El promedio de edad de tales informantes fue de 39,5 años, quienes en su mayoría (53,4%) son profesionales técnicos o universitarios. Le siguen a esta categoría los trabajadores independientes o por cuenta propia con un 16,4%, los estudiantes universitarios con 13,7% y otros trabajadores dependientes que representan el 8,2% de la muestra. Más abajo se encuentran los cesantes y jubilados con un 2,7% respectivamente, y dueñas de casa y no especificado con un 1,4% del total.

Como elemento adicional a destacar, el 85% de los informantes son chilenos, mientras que el 15% son extranjeros residentes en el país, cuyas nacionalidades son: alemana, boliviana, colombiana, peruana, vasca y venezolana.

Las entrevistas se realizaron de forma presencial y vía WhatsApp (videollamadas y audios) a personas chilenas y extranjeras residentes en el país, intentando abarcar la mayoría de las regiones que lo componen. Se logró obtener testimonios de las regiones de Tarapacá, Atacama, Coquimbo, Valparaíso, Metropolitana, del Maule, Biobío, La Araucanía, Aysén, y de Magallanes y la Antártica chilena (el 80,8% de los contactados residía en la Región Metropolitana, y el 17,8% habitaba algunas de las otras regiones señaladas. Una de las entrevistadas no especificó tal información). Para el caso específico de los testimoniantes de la Región Metropolitana, se procuró considerar a personas de diversos estratos socioeconómicos. Es así que se contó con testimonios provenientes de las comunas de Cerrillos, El Bosque, Huechuraba, La Granja, Lampa, Lo Prado, Ñuñoa, Providencia, Quilicura, San Miguel, Santiago Centro, Talagante, Vitacura, Maipú, Puente Alto, Independencia, Macul, Quinta Normal, Peñalolén, La Reina, Conchalí, La Florida, La Cisterna, La Pintana.

Para ambas modalidades de recolección de testimonios (de manera presencial o remota por medio de la aplicación WhatsApp), los investigadores enviaron a los potenciales entrevistados el consentimiento informado para explicitar su intención de colaborar en esta investigación, además del cuestionario con las preguntas que se deseaba abordar. Estas preguntas fueron las siguientes:

1. ¿Dónde estabas el 18 de octubre pasado, cuando comienza el estallido, y qué recuerdas de esas horas?
2. ¿Pensaste que tras ese estallido social sucedería todo lo que ha ocurrido después? ¿Sí? ¿No? ¿Por qué?

Una vez recogidos estos testimonios, se estimó esencial considerar las opiniones de los chilenos que, por razones laborales, de estudios, familiares, entre otras, se encontraban fuera del territorio nacional. Es así que a los 73 testimonios ya señalados se sumaron 8 entrevistas más de chilenos residentes en Alemania, Argentina, Canadá, España, Estados Unidos, Francia y el Reino Unido. Tales entrevistas se realizaron entre los meses de agosto y septiembre de

2020. Respecto del modo en que se recogieron estas impresiones, algunos de los informantes enviaron sus respuestas a través de un mensaje de audio por la plataforma WhatsApp, o bien de manera escrita por correo electrónico. A todos ellos se les envió previamente el cuestionario y el consentimiento informado para acreditar su asentimiento para participar de este estudio.

De estos 8 entrevistados, solo uno de ellos se identificó con el sexo masculino y las otras 7 informantes con el sexo femenino. La edad promedio de este grupo alcanzó los 39,1 años, y sus ocupaciones se condensan en dos categorías: estudiantes de pre y post grado (37,5%) y profesionales técnicos y universitarios (50%). Solo una de las entrevistadas señaló trabajar de forma dependiente en el sector de ventas.

Respecto del cuestionario aplicado a los chilenos residentes en el extranjero, las interrogantes planteadas fueron las siguientes:

1. ¿Cómo te enteraste del estallido social que comenzó el viernes 18 de octubre de 2019 en Santiago de Chile? (Por favor, intentar hacer una descripción lo más concreta y cotidiana posible de lo que recuerda, dónde estaba, qué diferencia horaria había, cómo supo, por qué vías, qué hizo tras conocer las primeras noticias, etc.).
2. ¿Cuáles fueron tus pensamientos y sensaciones iniciales en virtud de lo que estaba ocurriendo en Chile?

Finalmente, de las 81 personas contactadas, se debe señalar que la menor de ellas tenía, al momento de ser entrevistada, 21 años de edad, mientras que la persona de mayor edad tenía 75 años. Solo se entrevistó a personas mayores de edad.

Este libro se terminó de imprimir
en Santiago de Chile,
octubre de 2021

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com

Se utilizó tecnología de última generación que reduce
el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente
el papel necesario para su producción, y se aplicaron
altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos
en toda la cadena de producción.

Este libro tiene el mérito de plantearse los grandes problemas nacionales, desde la perspectiva de la vida cotidiana de muchas personas que no ocupan ni cargos públicos, ni tampoco necesariamente forman parte de partidos políticos o movimientos sociales más organizados. Su límite es que estudia un período de tiempo muy acotado y los sucesos e hitos del Estallido se fueron sumando con posterioridad, haciendo más visibles algunos conflictos y también actores sociales que no lo eran en las primeras fases de la movilización. E incluso más, la pandemia de coronavirus se superpuso a la crisis social y política chilena, añadiendo nuevos componentes de carácter económico y sanitario que han hecho más duro superar las desigualdades y los malestares acumulados. Con todo, el destino de Chile está abierto al cambio y a profundas transformaciones, gracias al Estallido Social de octubre de 2019 que este libro nos narra en sus momentos iniciales.

Mario Garcés Durán


ISBN 978-84-18982-37-8

